

EL ESTADO DE SITIO

Espectáculo en tres partes

a JEAN-LOUIS BARRAULT

ALBERT CAMUS

ADVERTENCIA

En 1941 a Barrault se le ocurrió la idea de montar un espectáculo en torno al mito de la peste, que había tentado también a Antonin Artaud. En los años siguientes le pareció más sencillo adaptar con este propósito el gran libro de Daniel de Foe, Diario del año de la peste. Urdió entonces la trama de una puesta en escena.

Cuando se enteró de que, por mi parte, iba a publicar una novela con el mismo tema, me ofreció escribir los diálogos sobre esa trama. Yo tenía otras ideas y, en especial, me parecía preferible olvidar a Daniel de Foe y volver a la primera concepción de Barrault.

La cuestión era, en suma, imaginar un mito que pudiese ser inteligible para todos los espectadores de 1948. El estado de sitio es la ilustración de esta tentativa; tengo la debilidad de creer que merece el interés de los lectores.

Pero:

V Debe quedar en claro que El estado de sitio, a pesar de lo que se ha dicho, no es en modo alguno adaptación de mi novela.

2' No se trata de una pieza de estructura tradicional, sino de un espectáculo cuya ambición confesada es mezclar todas las formas de expresión dramática, desde el monólogo lírico hasta el teatro colectivo, pasando por la mímica muda, el simple diálogo, la farsa y el coro.

3° Si bien es cierto que he escrito todo el texto, sigue en pie que el nombre de Barrault debería, en estricta justicia, ir unido al mío. Esto no pudo hacerse por razones que me parecieron respetables. Pero vuelvo a decir claramente que permanezco deudor de Jean-Louis Barrault.

A. C.

20 de noviembre de 1948.

PERSONAJES

LA PESTE

LA SECRETARIA

NADA

VICTORIA

EL JUEZ

LA MUJER DEL J U E Z

DIEGO

EL GOBERNADOR

E L ALCALDE

M U J E R E S DE LA CIUDAD

HOMBRES DE LA CIUDAD

GUARDIAS

EL ACOMPAÑANTE DE LOS MUERTOS

Estrenada en el Teatro Marigny de París, por la "Compañía Madeleine
Renaud-Jean-Louis Barrault", el 27 de octubre de 1948,

PRÉ/LOGO

Obertura musical sobre un tema sonoro que recuerda la sirena de alarma.

Se levanta el telón. La escena está en completa oscuridad.

La obertura termina, pero continúa el tema de la alarm» como un zumbido lejano.

De improvviso, en el fondo, surgiendo del lado del coro, un cometa se desplaza lentamente hacia el jardín.

Ilumina, recortando las sombras, las murallas de una ciudad española fortificada, y las siluetas de varios personajes, de espaldas al público, inmóviles, con la cabeza alzada hacia el cometa.

Dan las cuatro. El diálogo es casi incomprensible, como un murmullo.

—¡El fin del mundo!

—¡No, hombre!

—Si el mundo muere . . .

— No , hombre. ¡El mundo, pero no España!

—La misma España puede morir.

—¡De rodillas!

—¡Es el cometa dr.l mal!

—¡España no, hombre, España no!

Dos o tres cabezas se vuelven. Uno o dos personajes se desplazan con precaución; luego todo torna a la inmovilidad. El zumbido se intensifica entonces, se hace estridente y se desarrolla musicalmente

como una palabra inteligible y amenazadora. Al mismo tiempo, el cometa crece desmesuradamente. Un terrible grito brusco de mujer hace callar, súbitamente, la música, y reduce el cometa a su tamaño normal, la mujer huye jadeando. Revuelo en la plaza. El diálogo, más silbante y perceptible, todavía no se comprende.

— ¡Es signo de guerra!

— ¡Claro!

— No es signo de nada.

— Según.

— Basta. Es el calor.

— El calor de Cádiz.

— Ya basta.

— Silba demasiado fuerte.

— Sobre todo ensordece.

— ¡Es un maleficio que ha caído sobre la ciudad!

— ¡Ay, Cádiz! ¡Un maleficio ha caído sobre ti!

— ¡Silencio! ¡Silencio!

Miran de nuevo el cometa cuando se oye, con claridad esta vez, la voz de un oficial de los guardias civiles.

EL OFICIAL DE LOS GUARDIAS CIVILES. — ¡Volved a vuestras casas!

Lo visto, visto está, es suficiente. Tanto ruido para nada, eso es todo. Mucho ruido y al fin nada. Al cabo, Cádiz sigue siendo Cádiz.

UN A VOZ. — Sin embargo es una señal. Las señales no son porque sí.

UNTA VOZ. — ¡Oh Dios grande y terrible!

UN A VOZ. — ¡Pronto habrá guerra, ésa es la señal!

UN A VOZ. — ¡En nuestra época nadie cree en las señales, sarnoso!

¡Afortunadamente, somos demasiado inteligentes!

UN A VOZ. — Sí, y por eso nos dejamos espichar. Estúpidos como cerdos, eso es lo que somos. ¡Y a los cerdos los sangran!

EL OFICIAL. — ¡Volved a vuestras casas! La guerra es asunto nuestro, no de vosotros.

NADA. — ¡Ay! ¡Si dijeras la verdad! Pero no, los oficiales mueren en la cama, y la estocada la recibimos nosotros.

U N A voz. — Nada, ahí está Nada. ¡Ahí está el idiota!

U N A VOZ. — Nada, tú has de saberlo. ¿Qué significa esto?

NADA (es lisiado). — Lo que tengo que decir, no os gusta saberlo. Os reís. Preguntad al estudiante, pronto será doctor. Yo hablo con mi botella.

Se lleva una botella a la boca.

U N A VOZ. — Diego, ¿qué quiere decir esto?

DIEGO. — ¿Qué os importa? Mantened firme el corazón y será bastante.

U N A VOZ. — Preguntad al oficial de los guardias civiles.

EL OFICIAL. — La guardia civil piensa que alteráis el orden público.

N A D A . — La guardia civil tiene suerte. Sus ideas son simples.

DIEGO. — Mirad, vuelve a e m p e z a r . . .

U N A VOZ. — ¡Ah, Dios grande y terrible!

El zumbido comienza de nuevo. Segundo paso del cometa.

—¡Basta!

—¡Que cese!

—¡Silba!

—Es un maleficio . . .

—Que ha caído sobre la ciudad . . .

—¡Silencio! ¡Silencio!

Dan las cinco. El cometa desaparece. Amanece.

NADA (encaramado en un mojón, con risa burlona). — ¡Pues bien!

Yo, Nada, luz de esta ciudad por la instrucción y los conocimientos, borracho por desdén a todas las cosas y por asco a los honores, burla de los hombres porque he conservado la libertad del desprecio, quiero, después de estos fuegos artificiales, haceros una advertencia gratuita. Os informo, pues, que vemos y que vamos a ver cada vez más.

Observad que ya lo veíamos. Pero se necesitaba un borracho para darse cuenta. ¿Y qué vemos? Adivinadlo vosotros, hombres razonables. Yo tengo mi opinión formada desde siempre y mis

principios son firmes: la vida vale tanto como la muerte; el hombre es de la leña con la que se hacen las hogueras. ¡Creedme! Tendréis disgustos. Ese cometa es una mala señal. ¡Os da la voz de alarma!

¿Os parece inverosímil? Me lo esperaba. Como habéis hecho las tres comidas, ocho horas de trabajo y mantenéis dos mujeres, imagináis que todo está en orden. No, no estáis en orden, estáis en fila. Bien alineados, con cara plácida, maduros ya para la calamidad. Vamos, buenas gentes, ésta es la advertencia, estoy en regla con mi conciencia. En cuanto a lo demás, no os inquietéis; allá arriba se ocupan de vosotros. Y ya sabéis lo que eso significa: ¡no son amables!

EL J U E Z CASADO. — No blasfemes, Nada. Hace ya mucho tiempo que te tomas libertades culpables con el cielo.

NADA. — ¿He hablado del cielo, juez? De todas maneras, apruebo lo que hace. Soy juez a mi manera. He leído en los libros que es preferible ser cómplice que víctima del cielo. Tengo por lo demás la impresión de que el cielo no tiene nada que ver. En cuanto a los hombres les da por empezar a romper vidrios y cabezas, uno se da cuenta de que el buen Jesús, aunque conoce la música, no pasa de ser un niño del coro.

EL J U E Z CASADO. — Los libertinos de tu ralea son los que nos atraen las señales celestes de alarma. Porque en efecto, es una señal de alarma. Pero va dirigida a todos aquellos que tienen corrompido el corazón. Temed todos los más terribles efectos y rogad a Dios que perdone vuestros pecados. ¡De rodillas! ¡De rodillas, os digo! Todos se arrodillan, salvo NADA.

EL J U E Z CASADO. — Teme, Nada, teme y arrodíllate.

NADA. — No puedo, tengo las rodillas duras. En cuanto a temer, lo he previsto todo, aun lo peor, quiero decir, tu moral.

EL J U E Z CASADO. — ¿Así que no crees en nada, desventurado?

NADA. — En nada de este mundo, fuera del vino. Y en nada del

cielo.

EL J U E Z CASADO. — Perdónalo, Dios mío, porque no sabe lo que dice, y sé indulgente con esta ciudad habitada por tus hijos.

NADA. — Ite missa est. Diego, convídame con una botella en la taberna del Cometa. Y me contarás cómo andan tus amores.

DIEGO. — Voy a casarme con la hija del juez, Nada. Y quisiera que en adelante no ofendieses a su padre. Es ofenderme a mí. Trompetas. Un heraldo rodeado de guardias.

EL HERALDO. — Orden del gobernador. Que todos se retiren y reanuden sus tareas. Buenos gobiernos son los gobiernos en los que no pasa nada. Y es voluntad del gobernador que no pasó nada en su gobierno, a fin de que siga siendo tan bueno como siempre. Se asegura, pues, a los habitantes de Cádiz, que en este día nada ha sucedido que merezca la pena de alarma o molestia. Por lo cual todos, a partir de las seis, deberán tener por falso que alguna vez planeta alguno se haya mostrado en el horizonte de la ciudad. Todo aquel que contravenga esta decisión, todo habitante que hable de cometas como si no fueran fenómenos siderales pasados o por venir, será castigado, pues, con el rigor de la ley.

Trompetas. Se retira.

NADA. — Bueno, Diego, ¿qué me dices? ¡Es una ocurrencia!

DIEGO. — ¡Es una tontería! Mentir siempre es una tontería.

NADA. — No, es una política. Y que apruebo, ya que apunta a suprimirlo todo. ¡Afi, qué buen gobernador tenemos! Si su presupuesto está en déficit, si su hogar es adúltero, anula el déficit y niega el adulterio. Cornudos, vuestra mujer es fiel, paralíticos, podéis andar, y vosotros, ciegos, mirad: ¡es la hora de la verdad!

DIEGO. — ¡No anuncies desgracia, vieja lechuza! ¡La hora de la verdad es la hora de la muerte!

N A D * . — Justamente. ¡Muera el mundo! ¡Ah, si pudiera tenerlo entero frente a mí, como un toro que tiembla sobre sus patas, con sus ojitos ardiendo de odio y su hocico rosado donde la baba pone una puntilla sucia! ¡Ay, qué momento! ¡Esta vieja mano no vacilaría, y el cordón de la medula sería cortado de un golpe,

y la pesada bestia fulminada caería hasta el fin de los tiempos
a través de espacios interminables!

DIEGO. — Desprecias demasiadas cosas, Nada. Economiza tu des-
precio, lo necesitarás.

N A D A . — No necesito nada. Desprecio a la misma muerte. ¡Y nada
de esta tierra: ni rey, ni cometa, ni moral, estarán jamás por
encima de mí!

DIEGO. — ¡Calma! No subas tan alto. Serías menos querido.

NADA. — Estoy por encima de todas las cosas, pues ya no deseo
nada.

DIEGO. — Nadie está por encima del honor.

NADA. — ¿Qué es el honor, hijo?

DIEGO. — Lo que me mantiene en pie.

NADA. — El honor es un fenómeno sideral pasado o por venir. Su-
primámoslo.

DIEGO. — Está bien, Nada, pero tengo que marcharme. Ella me
espera. Por eso no creo en la calamidad que anuncias. Debo ocu-
parme de ser feliz. Es éste un largo trabajo que necesita la paz
de las ciudades y los campos.

NADA. — Ya te lo he dicho, hijo, lo estamos viendo. No esperes
nada. La comedia va a empezar. Y apenas' me queda tiempo de
correr al mercado para beber al fin por la muerte universal.
Todas las luces se apagan.

FIN DEL PRÓLOGO

PRIMERA PARTE

Luz. Animación general. Los ademanes son más vivos, el movimiento se precipita. Música. Los comerciantes quitan los postigos, apartando los primeros planos del decorado. Aparece la plaza del mercado. El coro del pueblo, conducido por los pescadores, la llena poco a poco, exultante.

EL CORO. — No pasa nada, no pasará nada. ¡Refrescos, refrescos! ¡No es una calamidad, es la abundancia del verano! (Grito de alegría.) Apenas concluye la primavera y ya la naranja dorada del verano, lanzada a toda velocidad por el cielo, se iza en la cima de la estación y estalla sobre España en un chorro de miel, mientras todos los frutos de todos los veranos del mundo: uvas pegajosas, melones color de manteca, higos llenos de sangre, albaricokes inflamados, vienen a rodar en el mismo momento por los estantes de nuestros mercados. (Grito de alegría.) ¡Oh, frutos! Aquí, en el mimbre, concluyen la larga carrera precipitada que los trae de los campos donde empezaron a cargarse de agua y azúcar, sobre los prados azules de calor y entre el fresco brotar de mil manantiales soleados, unidos poco a poco en una sola agua de juventud aspirada por las raíces y los troncos, conducida hasta el corazón de los frutos, donde termina por deslizarse lentamente como una inagotable fuente melosa que los nutre y los pone cada vez más densos.

¡Pesados, cada vez más pesados! Y tan pesados que al fin los frutos corren al fondo del agua del cielo, comienzan a rodar a través de la hierba opulenta, se embarcan en los ríos, caminan a lo largo de todas las rutas, y desde los cuatro puntos del horizonte,

saludados por los rumores jubilosos del pueblo y los clarines del estío (breves trompetas) vienen en multitud a las ciudades humanas, a probar que la tierra es dulce y que el cielo nutricio sigue fiel a la cita de la abundancia. (Grito general de alegría.) No, no pasa nada. He aquí el estío, ofrenda y no calamidad. ¡Más tarde el invierno, el pan duro es para mañana! ¡Hoy, dorados, sardinas, langostinos, pescados, pescado fresco que llega de los mares tranquilos, queso, queso al romero! La leche de las cabras espumea como la lejía, y en las mesas de mármol, la carne congestionada bajo su corona de papel blanco, la carne con olor a alfalfa, ofrece al mismo tiempo, sangre, savia y sol al rumiar del hombre. ¡En la copa! ¡La copa! Bebamos en la copa de las estaciones. ¡Bebamos hasta el olvido, no pasará nada!

Hurras. Gritos de alegría. Trompetas. Música, y en las cuatro esquinas del mercado se desarrollan pequeñas escenas.
 EL PRIMER MENDIGO. — ¡Una caridad, hombre, una caridad, abuela!
 EL SEGUNDO MENDIGO. — ¡Más vale hacerla pronto que nunca!

EL TERCER MENDIGO. — ¡Vosotros nos comprendéis!

EL PRIMER MENDIGO. — No ha pasado nada, por supuesto.

EL SEGUNDO MENDIGO. — Pero quizá pase algo.

Roba el reloj a un transeúnte.

EL TERCER MENDIGO. — Haced siempre caridad. Dos precauciones valen más que una.

En la pescadería.

EL PESCADOR. — ¡Un dorado fresco como un clavel! ¡La flor de los mares! Y viene usted a quejarse.

LA VIEJA. — ¡Tu dorado es perro marino!

EL PESCADOR. — ¡Perro marino! Hasta que llegaste, bruja, el perro marino nunca había entrado en este comercio.

LA VIEJA. — ¡Ay, hijo de tu madre! ¡Mira mi pelo blanco!

EL PESCADOR. — Fuera, vieja cometa

Todo el mundo se inmoviliza, llevándose el dedo a la boca.

En la ventana de VICTORIA. VICTORIA ittrds de los barrotes, y

DIEGO.

DIEGO. — ¡Hace tanto tiempo!

VICTORIA. — ¡Loco, nos separamos a las once, esta mañana!

DIEGO. — ¡Sí, pero estaba tu padre!

VICTORIA. — Mi padre ha dicho que sí. Estábamos seguros de que diría que no.

DIEGO. — Tenía yo razón al dirigirme directamente a él y mirarlo de frente.

VICTORIA. — Tenías razón. Mientras él reflexionaba, yo con los ojos cerrados, escuchaba en mí un galope lejano que subía y se acercaba cada vez más rápido y numeroso, hasta hacerme temblar toda. Y mi padre dijo que sí. Entonces abrí los ojos. Era la primera mañana del mundo. En un rincón del cuarto donde estábamos, vi los caballos negros del amor, aún estremecidos, pero tranquilos ya. Nos esperaban a nosotros.

DIEGO. — Yo no estaba ni sordo ni ciego. Pero sólo oía el piafar dulce de mi sangre. Mi alegría era súbita sin impaciencia. Oh, ciudad de luz, he aquí que me has sido entregada para toda la vida, hasta la hora en que nos llame la tierra. Mañana partiremos juntos y montaremos en la misma silla.

VICTORIA. — Sí, habla nuestra lengua, aunque los demás la consideren insensata. Mañana besarás mi boca. Miro la tuya y me queman las mejillas. Dime, ¿es el viento del sur?

DIEGO. — Es el viento del sur, y también a mí me quema. ¿Dónde está la fuente que me curará?

Se acerca y ella, pasando los brazos entre los barrotes, le estrecha los hombros.

VICTORIA. — ¡Ah! ¡Me hace daño quererte tanto! Acércate más.

DIEGO. — ¡Qué bella eres!

VICTORIA. — ¡Qué fuerte eres!

DIEGO. — ¿Con qué te lavas la cara para tenerla tan blanca como la almendra?

VICTORIA. — Me la lavo con agua clara; ¡el amor le pone su gracia!

DIEGO. — ¡Tu pelo es fresco como la noche!

VICTORIA. — Porque todas las noches te espero en mi ventana.

DIEGO. — ¿El agua clara y la noche han dejado en ti el olor del limonero?

VICTORIA. — ¡No, es el viento de tu amor que me ha cubierto de flores en un solo día!

DIEGO. — ¡Las flores caerán!

VICTORIA. — ¡Los frutos te aguardan!

DIEGO. — ¡Vendrá el invierno!

VICTORIA. — Pero contigo. ¿Recuerdas lo que me cantaste la primera vez? ¿No sigue siendo cierto?

DIEGO. — Si a cien años de mi muerte
la tierra me preguntara
si por fin te he olvidado
le respondería: aún no.

Ella calla.

DIEGO. — ¿No dices nada?

VICTORIA. — La dicha me anuda la garganta.

Bajo la tienda del astrólogo.

EL ASTRÓLOGO (a una mtijer). — El sol, hermosa mía, atraviesa el signo de la Libra en el instante de su nacimiento, lo cual autoriza a considerarte venusina, por ser tu signo ascendente el Toro, que, como todos saben, está también gobernado por Venus. Tu naturaleza, es, pues, emotiva, afectuosa y agradable. Puedes alegrarte, aunque el Toro predispone al celibato y corre el riesgo de dejar sin empleo esas preciosas cualidades. Además veo una conjunción Venus-Saturno que es desfavorable al matrimonio y a los hijos. Esta conjunción presagia también gustos extraños y hace temer los males que afectan el vientre. Pero no te quedes en esto y busca el sol que fortalecerá tu mente y la moralidad, y que es soberano en cuanto al flujo del vientre. Elige tus amigos entre los taurinos, pequeña, y no olvides que tu posición está bien orientada, fácil y favorable y que puede darte alegría. Son seis pesetas.

Recibe el dinero.

LA MUJER. — Gracias. Estás seguro de lo que me has dicho, ¿verdad?

EL ASTRÓLOGO. — ¡Siempre, pequeña, siempre! ¡Atención, sin embargo! Esta mañana no ha pasado nada, por supuesto. Pero aquello que no ha pasado puede trastornar mi horóscopo. ¡No soy responsable de lo que no ha ocurrido!

La mujer se va.

EL ASTRÓLOGO. — ¡Haceos el horóscopo! ¡El pasado, el presente, el por venir, garantizados por los astros fijos! ¡He dicho fijos!

(Aparte.) Si los cometas intervienen, este oficio se pondrá imposible. Habrá que hacerse gobernador.

GITANOS (al mismo tiempo). — Un amigo que te quiere b i e n . . .

Una morena que huele a naranja. . .

La herencia de las Americas . . .

U N O SOLO. — Después de la muerte del amigo rubio, recibirás una carta morena.

En un tablado, al fondo, redoble de tambor.

Los COMEDIANTES. — ¡Abrid los ojos, graciosas damas y vosotros, señores, prestad oídos! Los actores que aquí veis, los más grandes y famosos del reino de España, y a quienes convencí, no sin esfuerzo, de que abandonaran la corte por este mercado, van a representar, por complaceros, un acto sagrado del inmortal Pedro de Lariba: Los espíritus. Pieza que os dejará asombrados, y que las alas del genio han llevado de golpe a la altura de las obras maestras universales. Composición prodigiosa de la que nuestro rey gustaba al punto de hacerla representar dos veces por día, y que aún presenciara si yo no hubiera explicado a esta compañía sin igual el interés y la urgencia de darla a conocer también en este mercado, para edificación del público de Cádiz, el más entendido de todas las Españas!

Acercaos, pues; la representación va a empezar.

Empieza, en efecto, pero no se oye a los actores, por cubrir sus voces los ruidos del mercado.

—¡Refrescos, refrescos!

—¡La mujer-langosta, mitad mujer, mitad pez!

—¡Sardinas fritas! ¡Sardinas fritas!

—¡Aquí, el rey de la evasión que sale de cualquier prisión!

—Cómprame tomates, hermosa, son dulces como tu corazón! »

—¡Puntillas y lienzo de bodas!

—¡Sin dolor y sin charla, Pedro arranca los dientes!

NADA (saliendo ebrio de la taberna). — Aplastadlo todo. ¡Haced un puré con los tomates y el corazón! ¡A la prisión el rey de la evasión, y rompamos los dientes a Pedro! ¡Muerte al astrólogo que no lo habrá previsto! ¡Comámonos a la mujer-langosta y suprimamos todo, fuera de lo que se bebe!

Un mercader extranjero, ricamente vestido, entra en el mercado en medio de un gran grupo de mujeres.

EL MERCADER. — ¡Comprad, comprad la cinta del Cometa!

TODOS. — ¡Sh! ¡Sh!

Van a explicarle su locura al oído.

EL MERCADER. — ¡Comprad, comprad la cinta sideral!

Todos compran cintas.

Gritos de alegría. Música. EL GOBERNADOR con su séquito llega al mercado. Se instalan.

EL GOBERNADOR. — Vuestro gobernador os saluda y se alegra de verlos reunidos como de costumbre en estos lugares, en medio de las ocupaciones que labran la riqueza y la paz de Cádiz. No, decididamente nada ha cambiado, y eso está bien. ¡El cambio me irrita, me gustan mis costumbres!

UN HOMBRE DEL PUEBLO. — No, gobernador, nada ha cambiado en realidad; nosotros, los pobres, podemos asegurártelo. Los fines de mes son muy apretados. La cebolla, la oliva y el pan nos hacen subsistir, y en cuanto a la gallina, nos alegra saber que otros la comen todos los domingos. Esta mañana corrieron ruidos por la ciudad y sobre la ciudad. A decir verdad, tuvimos miedo de que algo cambiara y que de pronto los miserables fueran obligados a alimentarse de chocolate. Pero gracias a ti, buen gobernador, nos anunciaron que no había pasado nada y que nuestras orejas habían oído mal. En consecuencia, hemos aquí contigo tranquilizados.

EL GOBERNADOR. — El gobernador se congratula de ello. Nada nuevo es bueno.

Los ALCALDES. — ¡El gobernador ha dicho bien! Nada nuevo es bueno. Nosotros los alcaldes, investidos por la sabiduría y los años, queremos creer en especial que los pobres no han adoptado un tono irónico. La ironía es una virtud que destruye. Un buen gobernador prefiere los vicios que construyen.

EL GOBERNADOR. — ¡Entretanto, que nada se mueva! ¡Yo soy el rey de la inmovilidad!

Los BORRACHOS DE LA TABERNA (alrededor de N A D A) . — ¡Sí, sí, sí! ¡No, no, no! ¡Que nada se mueva, buen gobernador! ¡Todo gira alrededor de nosotros y es un gran sufrimiento! ¡Queremos la inmovilidad! ¡Que se detenga todo movimiento! Que todo sea suprimido, fuera del vino y la locura.

EL CORO. — ¡Nada ha cambiado! ¡No pasa nada, no ha pasado nada! Las estaciones giran alrededor de su eje, y en el cielo suave circulan astros prudentes cuya tranquila geometría condena a esas estrellas locas y desordenadas que incendian las praderas del ciclo con su cabellera inflamada, turban con su aullido de alarma la dulce música de los planetas, trastornan con el viento de su carrera las gravitaciones eternas, hacen rechinar las constelaciones y preparan, en todas las encrucijadas del cielo, funestas colisiones de astros. ¡En verdad, todo está en orden, el mundo se equilibra! ¡Es el mediodía del año, la estación alta e inmóvil! ¡Felicidad, felicidad! ¡He aquí el verano! Qué importa lo demás, la felicidad es nuestro orgullo.

Los ALCALDES. — Si el cielo tiene costumbres, agradecedlo al gobernador que es el rey de la costumbre. Él tampoco gusta del pelo despeinado. ¡Todo su reino está bien peinado!

EL CORO. — ¡Prudentes! Seguiremos siendo prudentes, porque nada cambiará nunca. ¿Qué haríamos con el pelo a! viento, los ojos inflamados, la boca estridente? ¡Estaremos orgullosos de la felicidad de los demás!

Los BORRACHOS (alrededor de N A D A) . — ¡Suprimid el movimiento,

suprimid, suprimid! ¡No os mováis, no nos movamos! ¡Dejemos correr las horas, este reino no tendrá historia! ¡La estación inmóvil es la estación de nuestros corazones, porque es la más cálida y nos obliga a beber!

Pero el tema sonoro de la alarma que zumbaba sordamente desde un momento antes, sube de pronto hasta el agudo, mientras resuenan dos enormes golpes sordos. En los tablados, un comediante que avanza hacia el público mientras continúa su pantomima, se tambalea y cae en medio de la multitud que lo rodea inmediatamente. Ni una palabra, ni un gesto: el silencio es completo.

Unos segundos de inmovilidad y luego precipitación general.

DIEGO se mete entre la multitud que se separa lentamente y descubre al hombre.

Dos médicos llegan, examinan el cuerpo, se apartan y discuten aguadamente.

Un hombre joven pide explicaciones a uno de los médicos que hace gestos de negación. El joven lo apremia y alentado por la multitud, lo obliga a responder, lo sacude, se pega a él en actitud de adjuración y se encuentra finalmente cara a cara con él. Ruido de aspiración; parece como si bebiera una palabra de labios del médico. Se aparta y, con grn esfuerzo, como si la palabra fuera demasiado grande para su boca y se necesitaran largos esfuerzos para librarse de ella, pronuncia:

—La peste.

Todo el mundo dobla las rodillas y todos repiten la palabra cada vez más fuerte y cada vez más rápida, mientras huyen, trazando amplias curvas en escena en torno al gobernador subido en su estrado. El movimiento se acelera, se precipita, se enloquece hasta que las gentes se inmovilizan en grupos, a la voz del viejo cura.

EL CURA. — ¡A la iglesia, a la iglesia! He aquí que llega el castigo. ¡El viejo mal ha caído sobre la ciudad! El cielo lo envía desde

El estado de sitio

siempre a las ciudades corrompidas para castigarlas a muerte por su pecado mortal. En vuestras bocas mentirosas serán aplastados los gritos y un sello ardiente se posará en vuestros corazones. Rogad ahora al Dios de justicia para que olvide y perdone. ¡Entrad en la iglesia! ¡Entrad en la iglesia!

Algunos se precipitan en la iglesia. Los otros se vuelven mecánicamente a derecha e izquierda mientras dobla la campana.

En tercer plano el astrólogo, como si presentara un informe al gobernador, habla en tono muy natural.

EL ASTRÓLOGO. — Una conjunción maligna de planetas hostiles acaba de dibujarse en el plano de los astros. Significa y anuncia sequía, hambre y peste en la primera oportunidad . . .

Ftrotro un grupo de mujeres lo cubre todo con su chachara.

— ¡Tenía en la garganta un bicho enorme que le chupaba la sangre con gran ruido de sifón!

— ¡Era una araña, una gran araña negra!

— ¡Verde, era verde!

— ¡No, era un lagarto de las algas!

— ¡Tú no viste nada! Era un pulpo, grande como un hombrecito.

— ¿Diego, dónde está Diego?

— ¡Habrán tantos muertos que no quedarán vivos para enterrarlos!

— ¡Ay! ¡Si pudiera marcharme!

— ¡Marcharse! ¡Marcharse!

VICTORIA. — Diego, ¿dónde está Diego?

Durante toda esta escena el cielo se ha llenado de signos y el zumbido de alarma se ha desarrollado, acentuando el terror general. Un hombre, con el rostro iluminado, sale de una casa gritando: "¡Dentro de cuarenta días, el fin del mundo!", y de nuevo el pánico traza sus curvas y las gentes repiten: "Dentro de cuarenta días, el fin del mundo". Unos guardias vienen a detener al iluminado, pero por el otro lado sale una hechicera que distribuye sus remedios.

LA HECHICERA. — Toronjil, menta, salvia, romero, tomillo, azafrán,

casaca de limón, pasta de almendras. .. [Atención, atención, estos remedios son infalibles!

Pero se levanta una especie de viento frío, mientras el sol empieza a ponerse y obliga a alzar las cabezas.

LA HECHICERA. — ¡El viento! ¡Ahí llega el viento! La plaga le tiene horror al viento! ¡Todo irá mejor, ya lo veréis!

En el mismo momento, el viento cesa, el zumbido se agudiza, los dos golpes sordos resuenan, ensordecedores y un poco más cercanos. Dos hombres se desploman en medio de la multitud. Todos flexionan las rodillas y retrocediendo comienzan a apartarse de los cuerpos. Silo queda la hechicera y a sus pies los dos hombres que llevan marcas en las ingles y en la garganta. Los enfermos se retuercen, hacen dos o tres gestos y mueren, mientras la noche desciende lentamente sobre la multitud que sigue desplegándose hacia el exterior, dejando los cadáveres en el centro.

Oscuridad.

huez en la iglesia. Proyector en el palacio del rey. Luz en la casa del juez. La escena es alternada.

E N E L PALACIO

EL PRIMER ALCALDE. — Alteza, la epidemia se desencadena con una rapidez que supera todos los auxilios. Los barrios están más contaminados de lo que se cree, lo cual me inclina a pensar que es preciso disimular la situación y no decir la verdad al pueblo a a ningún precio. Por lo demás, y por el momento, la enfermedad te ceba sobre todo en los barrios exteriores que son pobres y están »up?rpoblados. Dentro de la desgracia, esto por lo menos es satisfactorio.

Murmullos de aprobación.

EN LA IGLESIA

EL CURA. — Acercaos, y que cada uno confiese en público lo psor

El estado de sitio

que ha hecho. ¡Abrid vuestros corazones, malditos! Decios los unos a los otros el mal que habéis cometido y el que habéis meditado, o si no el veneno del pecado os sofocará y os llevará al infierno con tanta seguridad como el pulpo de la peste . . . Por mi parte, me acuso de haber carecido a menudo de caridad. Tres confesiones mimadas durante el diálogo siguiente.

EN EL PALACIO

EL GOBERNADOR. — Todo se arreglará. Lo fastidioso es que yo tenía una partida de caza. Estas cosas siempre suceden cuando uno tiene algún asunto importante. ¿Cómo hacer?

EL PRIMER ALCALDE. — No falte usted a la caza, aunque más no sea por dar el ejemplo. La ciudad debe ver qué frente serena sabe usted mostrar en la adversidad.

EN LA IGLESIA

TODOS. — ¡Perdónanos, Dios mío, lo que hemos hecho y lo que no hemos hecho!

EN LA CASA DEL JUEZ

El juez lee salmos rodeado por su familia.

EL JUEZ. — "El señor es mi refugio y mi ciudadela
Pues él me preserva de la trampa del pajarero
Y de la peste mortífera"

LA MUJER. — Casado, ¿no podemos salir?

EL JUEZ. — Has salido demasiado en tu vida, mujer. Eso no ha favorecido nuestra felicidad.

LA MUJER. — Victoria no ha regresado y temo que sufra daño.

EL JUEZ. — Nunca has temido el daño para ti. Y en ello perdiste el honor. Quédate, la casa está tranquila en medio de la plaga.

Lo he previsto todo y atrincherados mientras dure la peste, esperraremos el fin. Dios mediante, no padeceremos por nada.

LA MUJER. — Tienes razón, Casado. Pero no somos lo» únicos. Otros padecen. Quizá Victoria esté en peligro.

EL J U E Z . — Deja a los otros y piensa en la casa. Piensa en tu hijo, por ejemplo. Haz traer todas las provisiones que puedas. Paga el precio necesario. ¡Pero entroja, mujer, entroja! ¡Ha llegado el tiempo de entrojar! (Lee): "El Señor es mi refugio y mi ciudadela..."

EN LA IGLESIA

Continúa la serie.

EL CORO. — " N o tendrás nada que temer
Ni los terrores de la noche
Ni las flechas que vuelan de día
Ni la peste que camina en la sombra
Ni la epidemia que reptaba en pleno mediodía".

U N A VOZ. — ¡Oh, Dios grande y terrible!

Luz en la plaza. Deambular del pueblo siguiendo el ritmo de una copla.

EL CORO. — Has firmado en la arena
Has escrito en el mar
Sólo queda la pena.

Entra VICTORIA. Proyector en la plaza.

VICTORIA. — Diego, ¿dónde está Diego?

U N A M U J E R . — Está con los enfermos. Cuida a los que lo llaman.

VICTORIA corre a un extremo de la escena y tropieza con DIEGO que lleva la máscara de los médicos de la peste. Ella retrocede, lanzando un grito.

DIEGO (dulcemente). — ¿Te doy tanto miedo, Victoria?

VICTORIA (en un grito). — ¡Oh, Diego, por fin tú! Quítate esa máscara y estréchame contra ti. ¡Contra ti, contra ti y me salvaré de ese mal!

Él no se mueve.

VICTORIA. — ¿Qué ha cambiado entre nosotros, Diego? Hace horas que te busco, corriendo por la ciudad, espantada con la idea de que el mal podría herirte también, y aquí estás con esa máscara

de tormento y de enfermedad. ¡Quítatela, quítatela, te lo ruego, y estréchame contra ti! (Él se quita la máscara.) Cuando veo tus manos, se me seca la boca. ¡Bésame!

Él no se mueve.

VICTORIA (más bajo). — Bésame, me muero de sed. Has olvidado que sólo ayer nos comprometimos el uno al otro. Toda la noche esperé este día en que debías besarme con todas tus fuerzas. ¡Pronto, pronto! . . .

DIEGO. — ¡Tengo lástima, Victoria!

VICTORIA. — Yo también, pero tengo lástima de nosotros. ¡Y por eso te he buscado, gritando por las calles, corriendo hacia ti, con los brazos tendidos para anudarlos a los tuyos!

Avanza hacia él.

DIEGO. — ¡No me toques, apártate!

VICTORIA. — ¿Por qué?

DIEGO. — Ya no me reconozco. Nunca me ha dado miedo un hombre, pero esto es superior a mí, el honor de nada me sirve y siento que me abandono. (Ella se le acerca.) No me toques. Quizá el mal ya esté en mí y voy a contagiártelo. Espera un poco. Déjame respirar, porque estoy estrangulado de estupor. Ya no sé siquiera cómo tomar a esos hombres y volverlos en el lecho. Me tiemblan las manos de horror, y la compasión me tapa los ojos. (Gritos y gemidos.) Sin embargo me llaman, ¿los oyes? Tengo que ir. Pero vela por ti, vela por nosotros. ¡Esto ha de terminar, con seguridad!

VICTORIA. — No me dejes.

DIEGO. — Esto ha de terminar. Soy demasiado joven y te quiero demasiado. La muerte me da horror.

VICTORIA (lanzándose hacia él). — ¡Yo estoy viva!

DIEGO (retrocede). — ¡Qué vergüenza, Victoria, qué vergüenza!

VICTORIA. — ¿Vergüenza? ¿Por qué vergüenza?

DIEGO. — Me parece que tengo miedo.

Se oyen gemidos. DIEGO corre en dirección a ellos. Deambular del pueblo al ritmo de una copla.

EL CORO. — ¿Quién tiene razón y quién se equivoca?

Piensa

Que aquí abajo todo es mentira.

Que lo único cierto es la muerte.

Proyector en la iglesia y en el palacio del gobernador.

Salmos y rezos en la iglesia. Desde el palacio el primer alcalde se dirige al pueblo.

EL PRIMER ALCALDE. — Orden del gobernador. A partir de este día, en señal de penitencia por la desgracia común y para evitar los peligros de contagio, queda prohibida toda reunión pública y toda diversión. Además . . .

U N A M U J E R (empieza a proferir alaridos en medio del pueblo). — ¡Allí! ¡Allí! Esconden un muerto. No hay que dejarlo. ¡Lo pudrirá todo! ¡Vergüenza de los hombres! ¡Hay que llevarlo a la tierra!

Desorden. Dos hombres salen llevando a la mujer.

EL ALCALDE. — Además, el gobernador está en condiciones de tranquilizar a los ciudadanos con respecto a la evolución del azote inesperado que ha caído sobre la ciudad. Según opinión de todos los médicos, bastará que sople el viento marino para que la peste retroceda. Dios mediante . . .

Pero los dos enormes golpes sordos lo interrumpen, seguidos de otros dos golpes, mientras la campana de los muertos tañe al vuelo y los rezos se desencadenan en la iglesia. Luego sólo reina un silencio aterrado en medio del cual entran dos personajes extraños, un hombre y una mujer, a quienes todos siguen con la vista. El hombre es corpulento. Cabeza descubierta. Lleva una especie de uniforme con una condecoración. La mujer también lleva uniforme, pero con cuello y puños blancos. Tiene en las manos una libreta. Avanzan hasta el palacio del gobernador y saludan.

EL GOBERNADOR. — ¿Qué quieren ustedes de mí, extranjeros?

EL HOMBRE (en tono cortés). — Su lugar.

TODOS. — ¿Qué? ¿Qué dice?

EL GOBERNADOR. — Han elegido un mal momento, y esta insolent-

El estado de sitio

cia puede costarles cara. Pero seguramente nos habremos entendido mal. ¿Quiénes son ustedes?

EL HOMBRE. — ¡Adivínelo!

EL PRIMER ALCALDE. — ¡No sé quiénes son, extranjeros, pero sé dónde terminarán!

EL HOMBRE (muy tranquilo). — Me impresiona usted. ¿Qué le parece, querida amiga? ¿Tendré que decirles entonces quién soy?

LA SECRETARIA. — De ordinario, andamos con más miramientos.

EL HOMBRE. — Pero estos señores son muy apremiantes.

LA SECRETARIA. — Tendrán sus razones, sin duda. Después de todo, estamos de visita y debemos someternos a los usos de estos lugares.

EL HOMBRE. — Comprendo. ¿Pero no provocará un poco de desorden en estas buenas almas?

LA SECRETARIA. — Es preferible el desorden a la descortesía.

EL HOMBRE. — Es usted convincente. Pero me quedan algunos escrúpulos . . .

LA SECRETARIA. — O una cosa o la otra . . .

EL HOMBRE. — La escucho . . .

LA SECRETARIA. — O lo dice usted, o no lo dice. Si lo dice, lo sabrán. Si no lo dice, se enterarán.

EL HOMBRE. — Esto termina de iluminarme.

EL GOBERNADOR. — ¡En todo caso, ya es bastante! Antes de tomar las medidas que convengan, lo intimo por última vez a que me diga quienes son ustedes y qué quieren de mí.

EL HOMBRE (siempre natural). — Yo soy la peste. ¿Y usted?

EL GOBERNADOR. — ¿La peste?

EL HOMBRE. — Sí, y necesito su lugar. Lo siento, créame, pero tendré mucho que hacer. ¿Si le diera dos horas, por ejemplo? ¿Le bastarían para pasarme los poderes?

EL GOBERNADOR. — Esta vez ha ido usted demasiado lejos y será castigado por esta impostura. ¡Guardias!

EL HOMBRE. — ¡Espere! No quiero forzar a nadie. Tengo por principio ser correcto. Comprendo que mi conducta parezca sorprendente y, al fin, usted no me conoce. Pero deseo de veras que me

ceda el sitio sin obligarme a dar pruebas. ¿No puede creer en mi palabra?

EL GOBERNADOR. — No tengo tiempo que perder, esta broma ya ha durado demasiado. ¡Detened a este hombre!

EL HOMBRE. — Entonces hay que resignarse. Pero todo esto es muy fastidioso. Querida amiga, ¿querría usted proceder a una cancelación?

Tiende el brazo hacia uno de los guardias. La secretaria tacha ostensiblemente algo en su libreta. El golpe sordo resuena. El guardia cae. La secretaria lo examina.

LA SECRETARIA. — Todo está arreglado, Excelencia. Las tres marca» están aquí. (A los otros, amablemente.) Una marca, y usted es sospechoso. Dos, ya está contaminado. Tres, la cancelación está resuelta. Nada más sencillo.

EL HOMBRE. — ¡Ah! Olvidaba presentarles a mi secretaria. Por lo demás ustedes la conocían. Pero uno conoce tanta gente . . .

LA SECRETARIA. — ¡Es disculpable! Y además, siempre terminan por reconocerme.

EL HOMBRE. — ¡Un carácter afortunado, ya lo ven! Alegre, contenta, cuidadosa de su persona . . .

LA SECRETARIA. — No hay mérito ninguno. El trabajo es más fácil entre sonrisas y flores frescas.

EL HOMBRE. — Ese principio es excelente. ¡Pero volvamos a lo nuestro! (Al gobernador.) ¿Le he dado prueba suficiente de mi seriedad? ¿No dice usted nada? Bueno, lo asusté, naturalmente. Fero fué a disgusto, créame. Hubiera preferido un arreglo amistoso, una convención basada en la confianza recíproca, garantizada por su palabra y la mía, un acuerdo basado en el honor en cierto modo. Después de todo, no es demasiado tarde para hacer bien las cosas. ¿El plazo de dos horas le parece suficiente?

EL GOBERNADOR sacude la cabeza en señal de negación.

EL HOMBRE (volviéndose hacia la secretaria).— ¡Qué desagradable!

LA SECRETARIA (sacudiendo la cabeza). — ¡Un obstinado! ¡Qué contratiempo!

EL HOMBRE (al gobernador). •— Insisto, sin embargo, en obtener su consentimiento. No quiero hacer nada sin su acuerdo, aunque fuera contrario a mis principios. Mi colaboradora procederá pues a tantas cancelaciones como sean necesarias para obtener de usted la libre aprobación de la pequeña reforma que propongo. ¿Está usted lista, querida amiga?

LA SECRETARIA. — Un momento para sacar punta al lápiz que se ha roto y todo será para bien en el mejor de los mundos.

EL HOMBRE (suspira). — ¡Sin su optimismo, este oficio me sería muy penoso!

LA SECRETARIA (sacando punta al lápiz). — La perfecta secretaria está segura de que todo puede arreglarse siempre, que no hay error de contabilidad que no termine por repararse, ni cita fracasada que no pueda concertarse de nuevo. No hay desgracia sin su lado bueno. La misma guerra tiene sus virtudes y hasta los cementerios pueden ser buenos negocios cuando las concesiones a perpetuidad son denunciadas cada diez años.

EL HOMBRE. — Sus palabras valen o r o . . . ¿El lápiz ya tiene punta?

LA SECRETARIA. — Ya la tiene y podemos empezar.

EL HOMBRE. — ¡Adelante!

EL HOMBRE señala a N A D A que se ha acercado, pero N A D A lanza

una carcajada de borracho.

LA SECRETARIA. — ¿Puedo indicarle que ése pertenece a la especie de los que no creen en nada y que tal especie nos es muy útil?

EL HOMBRE. — Muy justo. Tomemos, pues, a uno de los alcaldes.

Pánico entre los alcaldes.

EL GOBERNADOR. — ¡Deténgase!

LA SECRETARIA. — ¡Buena señal, Excelencia!

EL HOMBRE (solicito). — ¿Puedo hacer algo por usted, gobernador?

EL GOBERNADOR. — Si le cedo la plaza, yo, los míos y los alcaldes ¿salvaremos la vida?

EL HOMBRE. — ¡Pero naturalmente, hombre, es la costumbre!

EL GOBERNADOR conferencia con los alcaldes, luego se vuelve hacia el pueblo,

EL GOBERNADOR. — Hombres de Cádiz, comprendéis, estoy seguro, que todo ha cambiado ahora. En vuestro mismo interés conviene quizá que deje esta ciudad a la nueva potencia que acaba de manifestarse. El acuerdo concluido con ella evitará sin duda lo peor, y tendréis así la certeza de conservar fuera de vuestros muros un gobierno que un día podrá seros útil. ¿Necesito deciros que, al hablar así, no obedezco al cuidado de mi propia seguridad, s i n o . . . ?

EL HOMBRE. — Perdóneme que lo interrumpa. Pero me gustaría verlo precisar públicamente que consiente usted de buen grado en estas útiles disposiciones, y que se trata naturalmente de un libre acuerdo.

EL GOBERNADOR mira a su costado. LA SECRETARIA se lleva el lápiz a la boca.

EL GOBERNADOR. — Por supuesto, concluyo libremente este nuevo acuerdo.

Balbucea, retrocede y huye. El éxodo comienza.

EL HOMBRE (al primer alcalde). — ¡Si lo tiene a bien, no se marche usted tan pronto! Necesito un hombre que cuente con la confianza del pueblo y por intermedio del cual pueda dar a conocer mi voluntad. (E L PRIMER ALCALDE vacila.) Usted acepta, naturalmente . . . (A LA SECRETARIA.) Querida amiga . . .

EL PRIMER ALCALDE. — Pero naturalmente, es un gran honor.

EL HOMBRE. — Perfecto. En estas condiciones, querida amiga, comunicará usted al alcalde aquellas de nuestras resoluciones que es preciso dar a conocer a estas buenas gentes con el objeto de que empiecen a vivir según el reglamento.

LA SECRETARIA. — Ordenanza concebida y publicada por el primer alcalde y sus consejeros . . .

EL PRIMER ALCALDE. — Yo no he concebido nada todavía . . .

LA SECRETARIA. — Se le ahorra un trabajo. Y debería halagarle, creo, que nuestros servicios se tomen la molestia de redactar lo que usted tendrá de este modo el honor de firmar.

EL PRIMER ALCALDE. — Sin duda, p e r o . . .

LA SECRETARIA. — Ordenanza, pues, que hace oficio de acta promulgada en plena obediencia a las voluntades de nuestro bienamado soberano para la reglamentación y asistencia caritativa de los ciudadanos atacados de infección y para designar todas las reglas y todas las personas tales como vigilantes, guardianes, ejecutores y sepultureros que jurarán aplicar estrictamente las órdenes que les sean dadas.

EL PRIMER ALCALDE. — ¿Qué lenguaje es ése, por favor?

LA SECRETARIA. — Es para acostumbrarlos a un poco de oscuridad. Cuanto menos comprendan, mejor marcharán. Dicho esto, aquí están las ordenanzas que hará usted pregonar por la ciudad una después de otra, a fin de que su digestión sea más fácil, aun para los espíritus más lentos. Éstos son nuestros mensajeros. Sus rostros amables ayudarán a fijar el recuerdo de sus palabras.

Los mensajeros se presentan.

EL PUEBLO. — ¡El gobernador se va, el gobernador se va!

NADA. — Está en su derecho, pueblo, está en su derecho. El Estado es él y hay que proteger al Estado.

EL PUEBLO. — El Estado era él, y ahora ya no es nada. Puesto que se va, la Peste es el Estado.

NADA. — ¿Qué más da? Peste o gobernador, siempre es el Estado.

EL PUEBLO deambula como si buscara salidas. UN MENSAJERO se adelanta.

EL PRIMER MENSAJERO. — Todas las casas infectadas deberán marcarse en medio de la puerta con una estrella negra de un pie de radio, ornada con esta inscripción: "Todos somos hermanos". La estrella deberá quedar hasta que se reabra la casa, bajo pena de sufrir los rigores de la ley.

Se retira.

UN A VOZ. — ¿Qué ley?

OTRA VOZ. — La nueva, por supuesto.

EL CORO. — Nuestros amos decían que iban a protegernos, y ahora, sin embargo, henos aquí solos. Brumas horribles comienzan a espesarse en los cuatro extremos de la ciudad, disipan poco a

poco el olor de los frutos y de las rosas, empañan la gloria de la estación, sofocan el júbilo del estío. ¡Ah, Cádiz, ciudad marina! Todavía ayer y por encima del estrecho, el viento del desierto, más espeso tras haber pasado sobre los jardines africanos, hacía languidecer a nuestras mujeres. Pero el viento ha cesado, sólo él podía purificar la ciudad. Nuestros amos decían que nunca pasaría nada y he aquí que el otro tenía razón, que pasa algo, que al fin lo vemos y que hemos de huir, huir sin tardanza antes de que las puertas se cierren sobre nuestra desgracia.

EL SEGUNDO MENSAJERO. — Todos los artículos de primera necesidad estarán en adelante a disposición de la comunidad, es decir, serán distribuidos por partes iguales e ínfimas a todos aquellos que puedan probar su leal adhesión a la nueva sociedad.

La primera puerta se cierra.

EL TERCER MENSAJERO. — Todas las luces deberán apagarse a las nueve de la noche y ningún particular podrá permanecer en lugar público o circular por las calles de la ciudad sin un pase en debida forma que sólo será entregado en casos extremadamente raros y siempre de modo arbitrario. Todo el que contravenga estas disposiciones será castigado con los rigores de la ley.

VOCES (crescendo). — Van a cerrar las puertas.

— Las puertas están cerradas.

— No, todas no están cerradas.

EL CORO. — Ah, corramos hacia las que se abren todavía. Somos los hijos del mar. Allá, allá tenemos que llegar, al país sin murallas y sin puertas, a las playas vírgenes donde la arena tiene la frescura de los labios, y donde la mirada llega tan lejos que se fatiga. Corramos al encuentro del viento. ¡Al mar! ¡El mar al fin, el mar libre, el agua que lava, el viento que libera!

VOCES. — ¡Al mar! Ai mari

El éxodo se precipita.

EL CUARTO MENSAJERO. — Queda severamente prohibido prestar asistencia a toda persona atacada por la enfermedad, como no sea denunciarla a las autoridades, quienes se encargarán de ella. La

denuncia entre miembros de una misma familia es especialmente recomendada y se recompensará con una doble ración alimenticia, llamada ración cívica.

La segunda puerta se cierra.

EL CORO. — ¡Al mar! ¡Al mar! El mar nos salvará. ¡Qué importan las enfermedades y las guerras! Él ha visto y cubierto muchos gobiernos! ¡Sólo ofrece mañanas rojas y tardes verdes, y del principio al fin el roce interminable de sus aguas durante noches desbordantes de estrellas! ¡Oh soledad, desierto, bautismo de sal! Estar solo frente al mar, al viento, cara al sol, liberado por fin de estas ciudades selladas como tumbas y de estos rostros humanos que el miedo ha cerrado. ¡Pronto! Pronto! ¿Quién me liberará del hombre y sus terrores? Yo era feliz en la cima del año, suelto entre los frutos, la naturaleza igual, el estío benévolo. Amaba el mundo; estábamos España y yo. Pero ya no oigo el ruido de las olas. Aquí están los clamores, el pánico, el insulto y la cobardía; aquí están mis hermanos densos de sudor y de angustia y en adelante carga pesada. ¿Quién me devolverá los mares de olvido, el agua calma de alta mar, sus rutas líquidas y sus surcos recubiertos? ¡Al mar! ¡Al mar, antes de que se cierren las puertas!

U N A VOZ. — ¡Pronto! ¡No toques a ese que estaba cerca del muerto!

U N A voz. — ¡Está marcado!

U N A VOZ. — ¡Apártate! ¡Apártate!

Lo golpean. La tercera puerta se cierra.

U N A VOZ. — ¡Oh Dios grande y terrible!

U N A VOZ. — ¡Pronto! ¡Lleva lo necesario, el colchón y la jaula de los pájaros! ¡No olvides el collar del perro! ¡También el tiesto de menta fresca! ¡La masticaremos hasta llegar al mar!

U N A VOZ. — ¡Al ladrón! ¡Al ladrón! ¡Se ha llevado el mantel bordado de mi boda!

Lo persiguen. Lo alcanzan. Le pegan. La cuarta puerta se cierra.

U N A voz. — ¡Esconde eso! ¿quieres? ¡esconde nuestras provisiones!

U N A voz. — No tengo nada para el camino, dame un pan, hermano.

Te daré mi guitarra con incrustaciones de nácar.

U N A V O Z. — Este pan es para mis hijos, no para los que se dicen mis hermanos. Hay grados en el parentesco.

U N A V O Z. — ¡Un pan, todo mi dinero por un solo pan!

La quinta puerta se cierra.

EL CORO. — ¡Pronto! ¡Queda una sola puerta abierta! La plaga anda más rápida que nosotros. Odia el mar y no quiere que vayamos a él. Las noches son tranquilas, las estrellas corren por encima del mástil. ¿Qué haría aquí la peste? Quiere guardarnos, nos ama a su manera. Quiere que seamos felices como ella lo entiende, no como nosotros lo queremos. Son los placeres forzados, la vida fría, la dicha a perpetuidad. Todo se fija, ya no sentimos en los labios la antigua frescura del viento.

U N A V O Z. — ¡Padre, no me abandones, soy tu pobre!

El sacerdote huye.

EL POBRE. — ¡Se va, se va! ¡Guárdame a tu lado! ¡Es tu tarea ocuparte de mí! Si te pierdo, lo he perdido todo!

El sacerdote escapa. El pobre cae gritando.

EL POBRE. — ¡Cristianos de España, os han abandonado!

EL QUINTO M E N S A J E R O (separa las palabras). — En fin, y esto será el resumen.

LA PESTE y su SECRETARIA frente al PRIMER ALCALDE sonrían y aprueban congrahilándose.

EL QUINTO M E N S A J E R O . — A fin de evitar todo contagio por medio del aire, como las mismas palabras pueden ser vehículo de la infección, se ordena a cada uno de los habitantes tener constantemente en la boca un tapón embebido en vinagre que los preservará del m a l al mismo tiempo que los inducirá a la discreción y al silencio.

A partir de este momento cada uno se mete un pañuelo en la boca y el número de VOCES disminuye al mismo tiempo que la amplitud de la orquesta. El CORO comenzado a varias VOCES terminará en una sola, hasta la pantomima final que se desenvuelve en un silencio absoluto, las bocas de los personajes llenas e hinchadas. La última puerta se cierra con un golpe brusco.

EL CORO. — ¡Maldición! ¡Maldición! ¡Estamos solos, la Peste y nosotros! ¡La última puerta se ha cerrado! Ya no oímos nada. El mar queda, en adelante, demasiado lejos. Ahora estamos en el dolor y hemos de dar vueltas en esta ciudad estrecha, sin árboles y sin aguas, encerrada por altas puertas lisas, coronada por multitudes aullantes, Cádiz, en fin, como la arena negra y roja donde van a realizarse los homicidios rituales. ¡Hermanos, esta pena es mayor que nuestra falta, no merecíamos esta prisión! Nuestro corazón no era inocente, pero amábamos el mundo y sus estíos: ¡esto debería habernos salvado! ¡Los vientos han cesado y el cielo está vacío! Vamos a callar por mucho tiempo. Pero por última vez antes de que nuestras bocas se cierren bajo la mordaza del terror, gritaremos en el desierto.

Gemidos y silencio.

De la orquesta sólo quedan las campanas. El zumbido del cometa se reanuda suavemente. En el palacio del gobernador reaparecen LA

PESTE y su SECRETARIA. LA SECRETARIA avanza tachando un nom-

bre a cada paso, mientras la batería escande cada -uno de sus movimientos. NADA ríe burlón y la primera carreta de muertos pasa rechinando. LA PESTE se yergue en la cima del decorado y hace una señal. Todo se detiene: movimientos y ruidos. LA PESTE habla.

LA PESTE. — Yo reino, esto es un hecho; es, pues, un derecho. Pero es un derecho que no se discute: debéis adaptaros.

Por lo demás, no es engaños; si reino es a mi manera, y sería más justo decir que funciono. Vosotros los españoles sois un poco imaginativos y me veríais de buena gana abajo la apariencia de un rey negro o de un suntuoso insecto. ¡Necesitáis patetismo, ya se sabe! ¡Pues bien! No. Yo no tengo cetro y he adoptado visos de suboficial. Porque es mi manera de vejaros, pues está bien que seáis vejados: tenéis que aprenderlo todo. Vuestro rey tiene las uñas negras y un uniforme estricto. No reina, preside. Su palacio es un cuartel, su pabellón de caza un tribunal. Queda proclamado el estado de sitio.

Por eso, observadlo, cuando yo llego, el patetismo desaparece.

El patetismo queda prohibido, junto con algunas otras patraña» como la ridícula angustia de la felicidad, el rostro estúpido de los enamorados, la contemplación egoísta de los paisajes y la ironía culpable. En lugar de todo esto, traigo la organización. Quizá os moleste un poco al principio, pero terminaréis por comprender que una buena organización vale más que un mal patetismo. Y para ilustrar este bello pensamiento, comienza por separar a los hombres de las mujeres: esto tendrá fuerza de ley.

Así lo hacen los guardias.

Vuestras macacadas han tenido su momento. ¡Ahora, a ponerse serios!

Supongo que ya me habéis comprendido. A partir de hoy, aprenderéis a morir en orden. Hasta ahora habéis muerto a la española, un poco al azar, a juicio de cada uno por así decirlo. Moríais porque había hecho frío después de hacer calor, porque vuestras muías daban coces, porque la línea de los Pirineos estaba azul, porque en la primavera el río Guadalquivir es atrayente para el solitario, o porque hay imbéciles mal aleccionados que matan por provecho o por honor, cuando es tanto más distinguido matar por los placeres de la lógica. Sí, moríais mal. Un muerto aquí, un muerto allá, éste en su cania, aquél en la arena: era el libertinaje. Pero afortunadamente este desorden va a ser administrado. Una sola muerte para todos y de acuerdo con el hermoso orden de una lista. Tendréis vuestras fichas, ya no moriréis por capricho. El destino en adelante se ha puesto juicioso, ha instalado sus oficinas. Figuréis en la estadística y por fin serviréis para algo. Porque olvidaba decíroslo: moriréis, por supuesto, pero seréis incinerados en seguida, o aun antes; es más limpio y forma parte del plan. ¡España primero!

¡Ponerse en fila para morir bien, eso es, pues, lo principal! A ese precio gozaréis de mi favor. Pero atención con las ideas desatinadas, con los furros del alma, como vosotros decís, con las pequeñas fiebres, que hacen las grandes rebeliones. He suprimido eitas complacencias y he puesto la lógica en su lugar. Me horro-

El estado de sitio

rizan la diferencia y el desatino. A partir de hoy seréis, pues, razonables, es decir, tendréis vuestra insignia. Marcados en las ingles, llevaréis públicamente bajo la axila la estrella del bubón que os señalará para ser atacados. Los otros, aquéllos que, persuadidos de que tal cosa no es de su incumbencia, hacen cola en las arenas del domingo, se apartarán de vosotros, los sospechosos. Pero no abriguéis ninguna amargura: es de su incumbencia. Están en la lista y yo no olvido a nadie. Todos sospechosos; es un buen comienzo.

Además, nada de esto impide el sentimentalismo. Me gustan los pájaros, las primeras violetas, la boca fresca de las muchachas. De tarde en tarde es refrescante, y es muy cierto que soy idealista. Mi corazón. . . : Pero siento que me enternezco y no quiero ir más lejos. Resumamos. Os traigo el silencio, el orden y la absoluta justicia. No os pido que me lo agradezcáis, pues lo que hago por vosotros es muy natural. Pero exijo vuestra colaboración activa. Mi ministerio ha comenzado.

TELÓN

SEGUNDA PARTE

Una plaza de Cádiz. Del lado del jardín, la portería del cementerio. Del lado del patio, tin muelle. Cerca del muelle la casa del juez. Al levantarse el telón, los sepultureros, con ropas de presidiarios, acarrean muertos. El chirrido de la carreta se deja oír entre bastidores. La carreta entra y se detiene en medio de la escena. Los presidiarios la cargan. Vuelve a dirigirse a la portería. En el momento en que se para delante del cementerio, música militar; la portería se abre al público por tina de sus paredes. Parece el patio de una escuela. LA SECRETARIA preside. Un poco más abajo, mesas como las que se usan para distribuir tarjetas de abastecimiento. Detrás de una de ellas, el PRIMER ALCALDE, con sus bigotes blancos, rodeado de funcionarios. La música se refuerza. Del otro lado los guardias empujan al pueblo y lo conducen delante de la portería, mujeres y hombres separados. Luz en el centro. Desde lo alto de su palacio, la PESTE dirige a obreros invisibles, cuya agitación en torno a la escena es lo único que se percibe.

LA PESTE. — Vamos, daos prisa, vosotros. Las cosas marchan con mucha lentitud en esta ciudad, este pueblo no es trabajador. Le gusta el ocio, es evidente. Yo sólo concibo la inactividad en los cuarteles y en las filas de espera. Este ocio es bueno, vacía el corazón y las piernas. Es un ocio que no sirve para nada. ¡Despachemos! Terminad de plantar la torre, la vigilancia no está en su sitio. Rodead la ciudad de alambradas de púas. A cada uno su primavera; la mía tiene rosas de hierro. Encended los hornos, son nuestros fuegos de artificio. ¡Guardias! Poned nuestras estre-

lias en las casas de las que me propongo ocuparme. ¡Ustedes querj* da amiga, comience a confeccionar las listas y\\naga UenfurUios-certificados de existencia!

LA PESTE sale por el otro lado.

EL PESCADOR (es el corifeo). — ¿Un certificado de existencia, para qué?

LA SECRETARIA. — ¿Para qué? ¿Cómo prescindiría usted de un certificado de existencia para vivir?

EL PESCADOR.—Hasta ahora habíamos vivido muy bien sin eso.

LA SECRETARIA. — Porque no estaban gobernados. En cambio ahora lo están. Y el gran principio de nuestro gobierno es justamente que siempre se necesita un certificado. Uno puede prescindir de pan y de mujer, pero de un certificado en regla y que certifique cualquier cosa, ¡de eso no sería posible privarse!

EL PESCADOR. — Hace tres generaciones que mi familia arroja las redes y el trabajo siempre se ha hecho como Dios manda; ¡sin un papel escrito, se lo juro!

UN A VOZ. — Somos carniceros de padres a hijos. Y para matar los carneros no nos servimos de un certificado.

LA SECRETARIA. — ¡Vivían ustedes en la anarquía, eso es todo! ¡Observen que no tenemos nada contra los mataderos, al contrario! Pero hemos introducido en ellos los perfeccionamientos de la contabilidad. Ésa es nuestra superioridad. En cuanto a las redadas, verán también que tenemos buenas fuerzas. Señor primer alcalde: ¿tiene usted los formularios?

EL PRIMER ALCALDE. — Aquí están.

LA SECRETARIA. — Guardias, ¿quieren ayudar al señor para que avance?

Hacen avanzar al PESCADOR.

EL PRIMER ALCALDE (lee). — Apellidos, nombres, condición.

LA SECRETARIA. — Prescinda de eso. El señor llenará solo los blancos.

EL PRIMER ALCALDE. — Curriculum vitae.

EL PESCADOR. — No comprendo.

LA SECRETARIA.—Debe usted indicar aquí los acontecimientos importantes de su vida. ¡Es una manera de entablar conocimiento!

EL PESCADOR. — Mi, vida me pertenece. Es algo privado, que a nadie le importa.

LA SECRETARIA. — ¡Algo privado! Esas palabras no tienen sentido para nosotros. Se trata naturalmente de su vida pública. Por lo demás, la única que le está autorizada. Señor alcalde, pase al detalle.

EL PRIMER ALCALDE. — ¿Casado?

EL PESCADOR. — En el 31.

EL PRIMER ALCALDE. — ¿Motivos de la unión?

EL PESCADOR. — ¡Motivos! ¡La sangre me hierve!

LA SECRETARIA. — Así está escrito. ¡Y es una buena manera de hacer público lo que debe cesar de ser personal!

EL PESCADOR. — Me casé porque es lo que se hace cuando se es un hombre.

EL PRIMER ALCALDE. — ¿Divorciado?

EL PESCADOR. — No, viudo.

EL PRIMER ALCALDE. — ¿Ha vuelto a casarse?

EL PESCADOR. — No.

LA SECRETARIA. — ¿Por qué?

EL PESCADOR (gritando). — Quería a mi mujer.

LA SECRETARIA. — ¡Extraño! ¿Por qué?

EL PESCADOR. — ¿Puede explicarse todo?

LA SECRETARIA. — ¡En una sociedad bien organizada, sí!

EL PRIMER ALCALDE. — ¿Antecedentes?

EL PESCADOR. — ¿Qué es eso?

LA SECRETARIA. — ¿Ha sido condenado por pillaje, perjurio o violación?

EL PESCADOR. — ¡Nunca!

LA SECRETARIA. — ¡Un hombre honrado, me lo sospechaba! Señor primer alcalde, agregará usted la advertencia: vigilarlo.

EL PRIMER ALCALDE. — ¿Sentimientos cívicos?

EL PESCADOR. — Siempre he servido bien a mis conciudadanos. Nunca he dejado que se marchara un pobre sin algún buen pescado.

LA SECRETARIA. — Esa manera de responder no está autorizada.

EL PRIMER ALCALDE. — ¡Oh, esto puedo explicarlo! ¡Los sentimientos cívicos, como usted sabe, son cosa mía! ¡Se trata de saber, buen hombre, si es usted de los que respetan el orden existente por la sola razón de que existe!

EL PESCADOR. — Sí, cuando es justo y razonable.

LA SECRETARIA. — ¡Dudoso! ¡Anoté que los sentimientos cívicos son dudosos! Y lea la última pregunta.

EL PRIMER ALCALDE (descifrando penosamente). — ¿Razones de ser?

EL PESCADOR. — Que mi madre sea mordida en el lugar del pecado si comprendo algo de esa jerga.

LA SECRETARIA. — Eso significa que es necesario dar las razones que usted tiene de estar en vida.

EL PESCADOR. — ¡Las razones! ¿Qué razones quiere usted que encuentre?

LA SECRETARIA. — ¡Ya lo ve! Anótelo, señor primer alcalde, el infrascripto reconoce que su existencia es injustificable. Estaremos más libres cuando llegue el momento. Y usted, infrascripto, comprenderá mejor que el certificado de existencia que se le entrega sea provisional y a plazo fijo.

EL PESCADOR. — Provisional o no, démelo para volver de una vez a casa, que me esperan.

LA SECRETARIA. — ¡Por cierto! Pero antes deberá traer un certificado de salud que le será entregado, mediante algunas formalidades, en el primer piso, división de asuntos en curso, oficina de espera, sección auxiliar.

EL PESCADOR sale. La carreta de los muertos ha llegado entre tanto a la puerta del cementerio; comienzan a descargarla. Vero NADA, borracho, salta de la carreta lanzando alaridos.

NADA. — ¡Pero si les digo que no estoy muerto!

Quiéren volver a meterlo en la carreta. Escapa y entra en la portería.

NADA. — ¡Bueno, qué! ¡Si estuviera muerto se vería! ¡Oh, perdón!

LA SECRETARIA. — No es nada. Acerquese.

NADA. — Me han cargado en la carreta. ¡Pero había bebido demasiado, eso es todo! ¡La cuestión es suprimir!

LA SECRETARIA. — ¿Suprimir qué?

NADA. — ¡Todo, encanto mío! Cuanto más se suprime, mejor van las cosas. ¡Y si se suprime todo, es el paraíso! Los enamorados, mire usted: ¡me dan horror! Cuando pasan delante de mí, escupo. ¡A espaldas de ellos, por supuesto, porque los hay rencorosos! ¡Y los niños, cochina rafea! ¡Las flores, con ese aire estúpido, los ríos, incapaces de cambiar de idea! ¡Ah! ¡Suprimamos, suprimamos! ¡Es mi filosofía! ¡Dios niega el mundo, y yo niego a Dios! ¡Viva nada, puesto que es la única cosa que existe!

LA SECRETARIA. — ¿Y cómo suprimir todo eso?

NADA. — ¡Beber, beber hasta la muerte y todo desaparece!

LA SECRETARIA. — ¡Mala técnica! ¡La nuestra es mejor! ¿Cómo te llamas?

NADA. — Nada.

LA SECRETARIA. — ¿Cómo?

NADA. — Nada.

LA SECRETARIA. — Te pregunto tu nombre.

NADA. — Ése es mi nombre.

LA SECRETARIA.—Eso sí que está bien! ¡Con semejante nombre, tenemos que trabajar juntos! Pasa de este lado. Serás funcionario de nuestro reino.

Entra EL PESCADOR.

LA SECRETARIA. — Señor alcalde, ¿quiere usted enterar al señor Nada? Entre tanto, guardias, venderéis las insignias. (Se acerca a DIEGO.)

Buenos días. ¿Quiere comprar una insignia?

DIEGO. — ¿Qué insignia?

LA SECRETARIA. — La insignia de la peste, vamos. (Una pausa.) Es usted libre de rechazarla. No es obligatoria.

DIEGO. — Entonces la rechazo.

LA SECRETARIA.—Muy bien. (Acercándose a VICTORIA.) ¿Y usted?

VICTORIA. — No la conozco a usted.

LA SECRETARIA. — Perfecto. Les hago notar simplemente que aquellos

que se niegan a llevar esta insignia tienen la obligación de llevar otra.

DIEGO. — ¿Cuál?

LA SECRETARIA. — Pues la insignia de los que se niegan a llevar la insignia. De este modo se sabe desde el primer momento con quién tiene uno que habérselas.

EL PESCADOR. — Discúlpeme. . .

LA SECRETARIA (volviéndose hacia DIEGO y VICTORIA). — ¡Hasta

pronto! (Al PESCADOR.) ¿Qué pasa ahora?

EL PESCADOR (con ftiror creciente). — Vengo del primer piso, y me respondieron que debía llegarme aquí para obtener el certificado de existencia sin el cual no me darán certificado de salud.

LA SECRETARIA. — ¡Es clásico!

EL PESCADOR. — ¿Cómo, clásico?

LA SECRETARIA.— Sí, eso prueba que esta ciudad comienza a estar administrada. Nuestra convicción es que ustedes son culpables. Culpables de ser gobernados, naturalmente. Pero es necesario que ustedes mismos comprendan que son culpables. Y no se considerarán culpables mientras no se sientan cansados. Los están cansando, eso es todo. Cuando estén extenuados de fatiga, lo demás marchará solo.

EL PESCADOR. — ¿Por lo menos puedo conseguir ese maldito certificado de existencia?

LA SECRETARIA. — En principio no, pues necesita usted primero un certificado de salud para conseguir un certificado de existencia. Aparentemente no hay salida.

EE PESCADOR. — ¿Y entonces?

LA SECRETARIA. — Entonces queda nuestra buena voluntad. Pero es a corto plazo, como toda buena voluntad. Le damos, pues, este certificado por favor especial. Simplemente, sólo será válido por una semana. Dentro de una semana veremos.

EL PESCADOR. — ¿Veremos qué?

LA SECRETARIA. — Veremos si cabe renovárselo.

EL PESCADOR. — ¿Y si no me lo renuevan?

LA SECRETARIA. — Como su existencia ya no tendrá garantía, se procederá sin duda a cancelarlo. Señor alcalde, asiente ese certificado en trece ejemplares.

EL PRIMER ALCALDE. — ¿Trece?

LA SECRETARIA. — ¡Sí! Uno para el interesado y doce para el buen funcionamiento.

Luz en el centro.

LA PESTE. — Haga empezar los grandes trabajos inútiles. Usted, querida amiga, tenga lista la balanza de las deportaciones y concentraciones. Active la transformación de los inocentes en culpables para que la mano de obra alcance. ¡Deporte el que sea importante! ¡Vamos a carecer de hombres, seguramente! ¿Cómo andamos con el empadronamiento?

LA SECRETARIA. — ¡Está en curso, todo marcha bien y me parece que estas buenas gentes me han comprendido!

LA PESTE. — Es usted demasiado fácil de enternecer, querida amiga. Siente la necesidad de que la comprendan. Es un defecto para su oficio. Estas buenas gentes, como usted dice, naturalmente, no han comprendido nada, pero no tiene importancia. Lo esencial no es que comprendan sino que se ejecuten. ¡Vaya! Es una expresión llena de sentido, ¿no le parece?

LA SECRETARIA. — ¿Qué expresión?

LA PESTE. — Ejecutarse. ¡Vamos, vosotros ejecutaos, ejecutaos! ¿Eh? ¡Qué fórmula!

LA SECRETARIA. — ¡Magnífica!

LA PESTE. — ¡Magnífica! ¡Está todo en ella! En primer lugar la imagen de la ejecución, que es una imagen enternecedora, y luego la idea de que el ejecutado colabora en su ejecución, que es el fin y el consolidamiento de todo buen gobierno!

Ruido en el fondo.

LA PESTE. — ¿Qué es eso?

El coro de las mujeres se agita.

LA SECRETARIA. — Son las mujeres que se agitan.

EL CORO. — Ésta tiene algo que decir.

El estado de sitio

LA PESTE. — Acércate.

UNAMUJER (avanzando). — ¿Dónde está mi marido?

LA PESTE. — ¡Bueno, bueno! ¡Ahí está el corazón humano, como dicen! ¿Qué le ha pasado a tu marido?

LAMUJER. — No ha vuelto.

LA PESTE. — Cosa vulgar. No te preocupes de nada. Ya encontró una cama.

LAMUJER. — Es un hombre y se respeta.

LA PESTE. — ¡Naturalmente, un fénix! Ocúpese de esto, querida amiga.

LA SECRETARIA. — ¡Apellido y nombre!

LAMUJER. — Gálvez, Antonio.

LA SECRETARIA mira su libreta y habla al oído de LA PESTE..

LA SECRETARIA.— ¡Bueno! Tiene la vida a salvo, alégrate.

LAMUJER. — ¿Qué vida?

LA SECRETARIA. — ¡La vida de castillo!

LA PESTE. — Sí, lo deporté con algunos otros que hacían ruido y los quise perdonar, quise ser benévolo con ellos.

LAMUJER (retrocediendo). — ¿Qué ha hecho usted?

LA PESTE (con rabia histérica). — Los he concentrado. ¡Hasta ahora vivían en la dispersión y la frivolidad, un poco diluidos, por así decirlo! ¡Ahora son más firmes, se concentran!

LAMUJER (huyendo hacia el CORO que se abre para acogerla). — ¡Ah! ¡Mísera! ¡Mísera de mí!

EL CORO. — ¡Míseras! ¡Míseras de nosotras!

LA PESTE. — ¡Silencio! ¡No os quedéis inactivas! ¡Haced algo! ¡Ocupaos! (Soñador.) Ellos se ejecutan, se ocupan, se concentran.]La gramática es algo bueno, puede servir para todo!

Luz rápida en la portería donde NADA está sentado con el alcalde. Helante de él, jilas de administrados:

UN HOMBRE. — La vida ha aumentado y los salarios son insuficientes.

NADA. — Ya lo sabíamos y aquí tenemos un nuevo arancel. Acaba de ser establecido.

EL HOMBRE. — ¿Cuál será el porcentaje de aporte?

NADA (lee). — ¡Es muy sencillo! Arancel número 108. "El decreto de revaloración de los salarios interprofesionales y subsiguientes establece supresión del salario de base y liberación incondicional de las escalas móviles que reciben de este modo licencia de llegar a un salario máximo que queda por prever. Las escalas, suprimidas las mejoras otorgadas ficticiamente por el arancel número 107, continuarán sin embargo siendo calculadas, fuera de las modalidades propiamente dichas de reclasificación, sobre el salario de base precedentemente suprimido."

EL HOMBRE. — ¿Pero qué aumento representa eso?

NADA. — El aumento es para más adelante, el arancel para hoy. Añadimos un arancel, eso es todo.

EL HOMBRE. — ¿Pero qué quiere usted que hagamos con ese arancel?

NADA (gritando). — ¡Qué se lo coman! El siguiente. (Se presenta otro hombre.) Tú quieres abrir un comercio. Buena idea, ya lo creo. Bueno, pues empieza por llenar este formulario. Mete los dedos en esta tinta. Ponlos aquí. Perfecto.

EL HOMBRE. — ¿Dónde puedo limpiarme?

NADA. — ¿Dónde puedo limpiarme? (Hojea tm legajo.) En ninguna parte. No está previsto por el reglamento.

EL HOMBRE. — Pero no puedo quedarme así.

NADA. — ¿Por qué no? Además, ¿qué te importa, si no tienes el derecho de tocar a tu mujer? Y te conviene.

EL HOMBRE. — ¿Cómo que me conviene?

NADA. — Sí. Te humilla, en consecuencia te conviene. Pero volvamos a tu comercio. ¿Prefieres beneficiarte con el artículo 208 del capítulo 62 de la decimosexta circular contante para el quinto reglamento general, o bien con el párrafo 27 del artículo 207 de la circular lí del reglamento particular?

EL HOMBRE. — ¡Pero no conozco ninguno de los dos textos!

NADA. — ¡Por supuesto, hombre! Tú no los conoces. Yo tampoco. Pero como de todos modos hay que decidirse, haremos que te beneficies con los dos a la vez.

El estado de sitio

EL HOMBRE. — Es mucho, Nada, y te lo agradezco.

NADA. — No me lo agradezcas. Porque parece que uno de los artículos te concede el derecho de tener el comercio, mientras que el otro te quita el de vender cualquier cosa.

EL HOMBRE. — ¿Pero qué es eso?

NADA. — ¡El orden!

Llega una mujer, enloquecida.

NADA. — ¿Qué pasa, mujer?

LA M U J E R . — Mi casa ha sido requisada.

NADA. — Bueno.

LA M U J E R . — Han instalado en ella servicios administrativos.

N A D A . — ¡Por supuesto!

LA M U J E R . — Pero estoy en la calle y me prometieron alojamiento.

NADA. — ¡Ya ves: se ha pensado en todo!

LA M U J E R . — Sí, pero hay que hacer una demanda que seguirá su curso. Entre tanto, mis hijos están en la calle.

NADA. — Razón de más para que hagas la demanda. Llena este formulario.

LA M U J E R (toma el formulario). — ¿Pero marchará rápido?

NADA. — Puede marchar rápido con tal de que alegues una justificación de urgencia.

LA M U J E R . — ¿Qué es eso?,

NADA. — Un documento que pruebe que para ti es urgente no seguir en la calle.

LA M U J E R . — Mis hijos no tienen techo; ¿hay algo más urgente que dárselo?

NADA. — No te darán alojamiento porque tus hijos estén en la calle. Te darán alojamiento si presentas un testimonio. No es lo mismo.

LA M U J E R . — Nunca he podido entender ese lenguaje. ¡El diablo habla de ese modo y nadie lo entiende!

NADA. — No es casualidad, mujer. El asunto aquí es proceder de suerte que nadie entienda, hablando la misma lengua. Y puedo decirte que nos acercamos al instante perfecto en que todo el

mundo hablará sin encontrar nunca eco, y en que los dos lenguajes que se enfrentan en esta ciudad, se destruirán uno al otro con tal obstinación que todo habrá de encaminarse hacia el logro último que es el silencio y la muerte.

' L A M U J E R . — Justicia es que los niños coman lo que tienen ganas y no sientan frío. Justicia es que mis pequeños vivan. Los eché al mundo en una tierra de alegría. El mar brindó el agua de su bautismo. No necesitan otras riquezas. No pido para ellos nada más que el pan de cada día y el sueño de los pobres. No es nada y sin embargo eso es lo que negáis. Y si negáis a los desventurados el pan, no hay lujo, ni hermosas palabras, ni promesas misteriosas que os otorguen el perdón jamás.

Al mismo

N A D A . — Optad por vivir de rodillas antes que morir tiempo

de pie, a fin de que el universo encuentre su orden medido con la escuadra de las potencias, compartido entre los muertos tranquilos y las hormigas en adelante bien educadas, paraíso puritano privado de praderas y de pan, donde circulan ángeles policías de alas mayúsculas entre bienaventurados hartos de papel y de fórmulas nutritivas, de rodillas ante el condecorado dios destructor de todas las cosas y decididamente consagrado a disipar los antiguos delirios de un mundo demasiado delicioso.

N A D A . — ¡Viva nada! Ya nadie se entiende: ¡estamos en el instante pírfecto!

Luz en el centro. Se recortan barracas y alambradas, miradores y algunos otros monumentos hostiles. Entra DIEGO con la máscara, como si se viera acosado. Ve los monumentos, el pueblo y la PESTE. DIEGO (dirigiéndose al C O R Q J . — ¿Dónde está España? ¿Dónde está Cádiz? ¡Esta decoración no pertenece a ningún país! Estamos

en otro mundo, donde el hombre no puede vivir. ¿Por qué estáis mudos?

EL CORO. — ¡Tenemos miedo! ¡Ah, si soplara viento! . .

DIEGO. — Yo también tengo miedo. ¡Hace bien proclamar el miedo! Gritad, el viento responderá.

EL CORO. — ¡Éramos un pueblo y ahora somos una masa! ¡Nos invitaban; vednos convocados! ¡Cambiábamos pan y leche, ahora nos abastecen! ¡Arrastramos los pies! (Los arrastran.) ¡Arrastramos los pies y decimos que nadie puede nada por nadie y que hemos de e?p"rar, cada uno en su sitio, en el lugar asignado!

¿Para qué gritar? ¡Nuestras mujeres ya no tienen el rostro de flor que nos sofocaba de deseo, España ha desaparecido! ¡Arrastremos los pies! ¡Arrastremos los pies! ¡Ah, dolor! ¡Arrastramos los pies sobre nosotros mismos! ¡Nos ahogamos en esta ciudad clausurada! ¡Ah, si soplara el viento! . .

LA PESTE. — Esto es cordura. Acércate Diego, ahora que has comprendido.

En el cielo ruido de cancelaciones.

DIEGO. — ¡Somos inocentes!

LA PESTE lanza una carcajada.

DIEGO (gritando). — ¿La inocencia, verdugo, comprendes la inocencia?

LA P E S T E . — ¡La inocencia! ¡No la conozco!

DIEGO. — Entonces, acércate. El más fuerte matará al otro.

LA PESTE. — El más fuerte soy yo, inocente. Mira.

Hace una señal a los guardias, quienes avanzan hacia DIEGO. Éste huye.

LA PESTE. — ¡Corredlo! ¡No lo dejéis escapar! ¡El que huye nos pertenece! Mareadlo.

Los guardias corren a DIEGO. Persecución mimada en el escenario corpóreo. Silbato. Sirenas de alarma.

EL CORO. — ¡Aquél corre! Tiene miedo y lo dice. ¡No es dueño de sí, está enloquecido! Nosotros nos hemos vuelto juiciosos. Nos administran. Pero en el silencio de las oficinas, escuchamos un

largo grito contenido que es el de los corazones separados y que nos habla del mar bajo el sol de mediodía, del olor de las cañas en la noche, de los brazos frescos de nuestras mujeres. Nuestras caras están selladas, nuestros pasos contados, nuestras horas ordenadas, pero nuestro corazón rechaza el silencio. Rechaza las listas y las matrículas, los muros que no terminan, los barrotes en las ventanas, los amaneceres erizados de fusiles. Los rechaza como éste que corre para llegar a una casa, huyendo de esta decoración de sombras y de números, para encontrar al fin un refugio. Pero el único refugio es el mar del cual nos separan esos muros. Que el viento sople y por fin podremos respirar. . .

DIEGO, en efecto, se ha precipitado hacia una casa. Los guardias se detienen delante de la puerta y allí apostan centinelas.

LA PESTE (gritando).— ¡Mareadlo! ¡Mareadlos a todos! Aun lo que no dicen puede oírse todavía! ¡Ya no pueden protestar, pero su silencio chirría! ¡Aplastadles las bocas! Amordazadlos y enseñadles las directivas hasta que ellos también repitan siempre la misma cosa, hasta que se conviertan por fin en los buenos ciudadanos que necesitamos.

De las bóvedas caen entonces, vibrantes como si pasaran por megáfonos, nubes de slogans que se amplifican a medida que son repetidos y que cubren el CORO con la boca cerrada hasta que reina un silencio absoluto.

¡Una sola PESTE, un solo pueblo!
¡Concentraos, ejecutaos, ocupaos!
¡Una buena PESTE vale más que dos libertades!
¡Deportad, torturad, siempre quedará algo!

Luz en casa del J U E Z .

VICTORIA. — No, padre. No entregará usted a esta vieja sirvienta con el pretexto de que está contaminada. Olvida que me ha criado y que lo ha servido sin quejarse nunca.

EL J U E Z . — ¿Quién se atrevería a censurar lo que he decidido?

El estado de sitio

VICTORIA. — No puede usted decidir en todo. El dolor también tiene sus derechos.

EL J U E Z . — Mi papel es preservar esta casa e impedir que el mal penetre en ella. Yo. . .

Entra de improviso DIEGO.

EL J U E Z . — ¿Quién te ha permitido que entres aquí?

DIEGO. — ¡El miedo me ha empujado a tu casa! Huyo de la Peste.

EL J U E Z . — No la huyes, la traes contigo. (Señala con el dedo a DIEGO la marca que lleva ahora en la axila. Silencio. Dos o tres silbatos a lo lejos.) Vete de esta casa.

D I E G O . — ¡Déjame! Si me echas, me mezclarán con todos los otros, y será el amontonamiento de la muerte.

EL J U E Z . — Soy el servidor de la ley, no puedo acogerte aquí.

DIEGO. — Tú servías la antigua ley. Nada tienes que hacer con la nueva.

EL J U E Z . — Yo no sirvo la ley por lo que dice sino porque es la ley.

DIEGO. — ¿Y si la ley es el crimen?

EL J U E Z . — Si el crimen se convierte en ley, cesa de ser crimen.

DIEGO. — ¡Y hay que castigar la virtud!

EL J U E Z . — Hay que castigarla, en efecto, si tiene la arrogancia de discutir la ley.

VICTORIA. — Casado, no es la ley la que te hace obrar: es el miedo.

EL J U E Z . — Éste también tiene miedo.

VICTORIA. — Pero todavía no ha traicionado nada.

EL J U E Z . — Traicionará. Todo el mundo traiciona porque todo el mundo tiene miedo. Todo el mundo tiene miedo porque nadie es puro.

VICTORIA. — Padre, pertenezco a este hombre, usted lo ha consentido. Y no puede quitármelo después de habérmelo dado ayer.

EL J U E Z . — No he dicho que sí a tu boda. He dicho que sí a tu partida.

VICTORIA. — Yo sabía que usted no me quería.

EL J U E Z (la mira). — Toda mujer me inspira horror. (Llaman brutalmente a la puerta.) ¿Qué pasa?

UN GUARDIA (ajuera). — La casa está condenada por haber cobijado a un sospechoso. Todos los habitantes están en observación.

DIEGO (lanzando una carcajada). — La ley es buena, tú bien lo sabes. Pero es un poco nueva y no la conocías del todo. ¡Juez, acusados y testigos, todos somos ahora hermanos!

Entran LAMUJER DEL JUEZ, EL HIJO MENOR y LA HIJA.

LAMUJER. — Han atrincherado la puerta.

VICTORIA. — La casa está condenada.

EL JUEZ. — Por él. Y voy a denunciarlo. Entonces abrirán la casa.

VICTORIA. — Padre, su honor se lo prohíbe.

EL JUEZ. — El honor es asunto de hombres y ya no hay hombres en esta ciudad.

Se oyen silbatos, ruido de carrera que se acerca. DIEGO escucha, mira a todas partes con ojos enloquecidos y se apodera bruscañente

del niño.

DIEGO. — ¡Mira, hombre de la ley! Si haces un solo gesto, aplastaré la boca de tu hijo sobre la señal de la Peste.

VICTORIA. — Diego, eso es una cobardía.

DIEGO. — Nada es cobardía en la ciudad de los cobardes.

LAMUJER (corriendo hacia el JUEZ). — ¡Prométeselo, Casado! Promete a ese loco lo que quiere.

LAHIJADEL JUEZ. — No, padre, no haga nada. No es cosa nuestra.

LAMUJER. — No la escuches. Bien sabes que odia a su hermano.

EL JUEZ. — Tiene razón. No es cosa nuestra.

LAMUJER. — Y tú también odias a mi hijo.

EL JUEZ. — Tu hijo, en efecto.

LAMUJER. — ¡Oh! Tú no eres hombre que se atreva a recordar lo que estaba perdonado.

EL JUEZ. — No ha perdonado. Seguí la ley que, a los ojos de todos, me hacía padre de este niño.

VICTORIA. — ¿Es cierto, madre?

LAMUJER. — Tú también me desprecias.

VICTORIA. — No. Pero todo se hunde al mismo tiempo. El alma vacila.

EL J U E Z da un paso hacia la puerta.

DIEGO. — El alma vacila, pero la ley nos sostiene, ¿no es cierto, juez? ¡Todos hermanos! (Levanta al niño delante de él.) Y también tú, a quien daré el beso de los hermanos.

LA M U J E R . — ¡Espera, Diego, te lo suplico! No seas como éste, que se ha endurecido hasta el corazón. Pero se detendrá. (Corre hacia la puerta y se interpone en el camino del J U E Z .) Vas a ceder, ¿no es cierto?

LA H I J A DEL J U E Z . — ¿Por qué había de ceder y qué le importa ese bastardo que ocupa aquí el lugar principal?

LA M U J E R . — Calla, te corroe la envidia y ya estás toda negra. (Al J U E Z .) Pero tú, tú que te acercas a la muerte, bien sabes que nada hay que envidiar en la tierra, fuera del sueño y la paz. Bien sabes que dormirás mal en tu lecho solitario si dejas hacer eso.

EL J U E Z . — La ley está de mi parte. Ella me dará el reposo.

LA M U J E R . — E s c u p o en tu ley. ¡Yo cuento con el derecho, el derecho de los que no quieren estar separados, el derecho de los culpables al perdón, y el de los arrepentidos a ser reivindicados! Sí, escupo en tu ley. ¿Estaba de tu parte la ley cuando presentaste excusas cobardes a aquel capitán que te retaba a duelo, cuando trampeaste para escapar a la conscripción? ¿La ley estaba de tu parte cuando invitaste a tu lecho a aquella muchacha que litigaba contra un amo indigno?

EL J U E Z . — Calla, mujer.

VICTORIA. — ¡Madre!

LA M U J E R . — No, Victoria, no callaré. Callé durante todos estos años. Lo hice por mi honor y por amor a Dios. Pero el honor ya no existe. Y un solo cabello de este niño es para mí más precioso que el cielo mismo. No callaré. Y por lo menos le diré a ése que el derecho nunca estuvo de su lado, porque el derecho, ¿lo oyes, Casado?, está del lado de los que sufren, gimen, esperan. No está, no, no puede estar con los que calculan y amontonan.

DIEGO ht soltado al niño.

LA H I J A DEL J U E Z . — Ésos son los derechos del adulterio.

LA M U J E R (gritando). — No niego mi falta, la gritaré al mundo entero. Pero sé, en mi miseria, que la carne tiene sus faltas, en tanto que el corazón tiene sus crímenes. Lo que se hace en la calentura del amor debe recibir piedad.

LA H I J A . — ¡Piedad para las perras!

LA M U J E R . — ¡Sí! ¡Porque tienen un vientre para gozar y para engendrar!

EL J U E Z . — ¡Mujer! ¡Tu defensa no es buena! ¡Denunciaré al hombre que ha causado este trastorno! Lo haré con doble contento, porque será en nombre de la ley y del odio.

VICTORIA. — Maldito seas tú, que acabas de decir la verdad. Nunca juzgaste sino según el odio, y lo adornabas con el nombre de ley. Y aun las mejores leyes adquirieron mal gusto en tu boca; era la boca agria de los que jamás han amado. ¡Ah, el asco me sofoca! Vamos, Diego, tómanos a todos en tus brazos y púdramonos juntos. Pero deja vivir a ése para quien la vida es un castigo.

DIEGO. — Déjame. Me da vergüenza ver a qué hemos llegado.

VICTORIA. — Yo también tengo vergüenza. Hasta morir de vergüenza.

DIEGO se arroja bruscamente por la ventana. El J U E Z corre también. VICTORIA escapa por una puerta falsa.

LA M U J E R . — Ha llegado el tiempo en que los bubones tienen que reventar. No somos los únicos. Toda la ciudad padece la misma fiebre.

EL J U E Z . — ¡Perra!

LA M U J E R . — ¡Juez!

Oscuridad. Luz en la portería. NADA y el ALCALDE se preparan para marcharse.

NADA. — Todos los comandantes de distrito han recibido orden de hacer votar a sus administrados a favor del nuevo gobierno.

EL PRIMER ALCALDE. — No es fácil. ¡Algunos se atreven a votar en contra!

NADA. — No, si usted sigue los buenos principios.

EL PRIMER ALCALDE. — ¿Los buenos principios?

NADA. — Los buenos principios establecen que el voto es libre. Es decir, se considerará que los votos favorables al gobierno fueron libremente emitidos. En cuanto a los otros, y a fin de eliminar las trabas secretas que hubiera podido sufrir la libertad de elección, se descontarán de acuerdo con el método preferencial, alineando la parte divisional al cociente de los sufragios no emitidos en relación aF tercio de los votos eliminados. ¿Está claro?

EL PRIMER ALCALDE. — Claro, señor... En fin, creo entender.

NADA. — Lo admiro, alcalde. Pero haya o no comprendido, no olvide que el resultado infalible de este método deberá consistir siempre en dar por nulos los votos hostiles al gobierno.

EL PRIMER ALCALDE. — Pero usted había dicho que el voto era libre.

NADA. — Lo es", 'en efecto. Sólo que partimos del principio de que un voto negativo no es un voto libre. Es un voto sentimental y se encuentra, en consecuencia, encadenado por las pasiones.

EL PRIMER ALCALDE. — ¡No había pensado en eso!

NADA. — Es que usted no tenía una idea justa de lo que es la libertad.

Luz en el centro. DIEGO y VICTORIA llegan, corriendo, al proscenio.

DIEGO. — Quiero escapar, Victoria. Ya no sé dónde está el deber. No comprendo.

VICTORIA. — No me abandones. El deber está junto a quienes amamos. Mantente firme.

DIEGO. — Pero soy demasiado orgulloso para amarte sin estimarme.

VICTORIA. — ¿Quién te impide estimarte?

DIEGO. — Tú, que, según veo, no desfalleces.

VICTORIA. — Ah, no hables así, por nuestro amor, o caeré frente a tí y te mostraré toda mi cobardía. Porque no es cierto lo que dices. Desfallezco, desfallezco cuando pienso en aquel tiempo en que podía abandonarme a ti. ¿Dónde está el tiempo en que el agua subía en mi corazón en cuanto pronunciaban tu nombre? ¿Dónde está el tiempo en que una voz gritaba en mí "Tierra" en cuanto aparecías? Sí, desfallezco, me muero de cobarde pesar. Y

6Í todavía me mantengo en pie, es porque el impulso del amor me arroja hacia adelante. Pero si desapareces, mi carrera se detendrá y me desplomaré.

DIEGO. — ¡Ah! ¡Si por lo menos pudiera ligarme a ti y deslizarme con mis miembros anudados a los tuyos, hasta el fondo de un sueño sin fin!

VICTORIA. — Te espero.

DIEGO avanza lentamente hacia ella, que avanza hacia él. No se quitan los ojos de encima. Van a encontrarse, cuando surge entre

ambos la SECRETARIA.

LA SECRETARIA. — ¿Qué hacen ustedes?

VICTORIA (gritando).— ¡El amor, por supuesto!

Ruido terrible en el cielo.

LA SECRETARIA. — ¡Shh! Hay palabras que no se deben pronunciar.

Debería usted saber que eso está prohibido. Mire.

Golpea a DIEGO en la axila y lo marca por segunda vez.

LA SECRETARIA. — Era sospechoso. Ahora está contaminado. (Mira a DIEGO.) Lástima. Un muchacho tan lindo. (A VICTORIA.)

Discúlpeme. Pero prefiero los hombres a las mujeres, tengo una partida empeñada con ellos. Buenas noches.

DIEGO mira con horror su nueva señal. Echa miradas enloquecidas a su alrededor, luego se abalanza hacia VICTORIA y se aferra a ella.

D I E G O . — ¡Ah! ¡Odio tu belleza porque ha de sobrevivirme! Maldita sea, pues servirá a otros. (La aplasta contra sí.) ¡Así! ¡No estaré solo! ¿Qué me importa tu amor si no se pudre conmigo?

VICTORIA (debatándose). — ¡Me haces daño! ¡Déjame!

DIEGO. — ¡Ah! ¡Tienes miedo! (Se ríe como un loco. La sacude.)

¿Dónde están los caballos negros del amor? ¡Enamorada en los buenos momentos, pero viene la desgracia y los caballos desaparecen! ¡Por lo menos muere conmigo!

VICTORIA. — ¡Contigo, pero nunca contra tí! ¡Detesto ese rostro de miedo y de odio que tienes ahora! ¡Suéltame! Déjame libre

para buscar en ti la antigua ternura. Y mi corazón hablará de nuevo.

DIEGO (soltándola a -medias).— ¡No quiero morir solo! ¡Y lo que más amo en el mundo se aparta de mí y se niega a seguirme!

VICTORIA (lanzándose hacia él). — ¡Ah, Diego, al infierno si es preciso. Vuelvo a encontrarte. . . Mis piernas tiemblan junto a las tuyas. Bésame para sofocar este grito que sube de lo profundo de mi cuerpo, que va a salir, que sale. . . ¡Ah!

Él la besa con ardor, luego se arranca a ella y la deja trémula en medio de la escena.

DIEGO. — ¡Mírame! ¡No, no, no tienes nada! ¡Ninguna señal! ¡Esta locura no tendrá consecuencias!

V I C T O R I A . — ¡Vuelve, ahora tiemblo de frío! ¡Hace un instante tu pecho me quemaba las manos, mi sangre corría en mi como una llama! Ahora. . .

DIEGO. — ¡No! Déjame solo. No puedo distraerme de este dolor.

V I C T O R I A . — ¡Vuelve! ¡Lo único que te pido es consumirme con la misma fiebre, padecer la misma herida en un solo grito!

D I E G O . — ¡No! ¡En adelante estoy con los otros, con los que están marcados! Su sufrimiento me inspira horror, me llena de un asco que hasta ahora me excluía de todo. Pero al fin he caído en la misma desgracia, ellos me necesitan.

V I C T O R I A . — ¡Si hubieras de morir, envidiaría a la misma tierra que desposará tu cuerpo!

DIEGO. — ¡Tú estarás del otro lado, con los que viven!

VICTORIA. — ¡Puedo estar contigo, con sólo que me beses largo rato!

DIEGO. — ¡Ellos han prohibido el amor! ¡Ah! ¡Te echo de menos con todas mis fuerzas!

VICTORIA. — ¡No! ¡No! ¡Te lo suplico! Yo he comprendido lo que quieren. Disponen todas las cosas para que el amor sea imposible. Pero yo seré la más fuerte.

DIEGO. — Yo no soy el más fuerte. ¡Y no es una derrota lo que quería compartir contigo!

VICTORIA. — ¡Yo estoy entera! ¡Sólo conozco mi amor! Nada me

atemoriza ya, y aunque el cielo se desplomara, me hundiría gritando mi felicidad si tuviera tu mano.

Se oye gritar.

DIEGO. — ¡Los otros gritan también!

VICTORIA. — ¡Soy sorda hasta la muerte!

DIEGO. — ¡Mira!

Pasa la carreta.

V I C T O R I A . — ¡Mis ojos ya no ven! El amor los encandila.

DIEGO. — ¡Pero el dolor está en ese cielo que pesa sobre nosotros!

V I C T O R I A . — ¡Demasiado me cuesta llevar mi amor! ¡No he de cargar además con el dolor del mundo! Ésa es una tarea masculina, una de esas tareas vanas, estériles, obstinadas, que vosotros proseguís para apartaros del único combate que sería realmente difícil, de la única victoria de la que podríais estar orgullosos.

DIEGO. — ¿Y qué tengo yo que vencer en este mundo sino la injusticia que se hace con nosotros?

VICTORIA. — ¡La desgracia está en ti! Y lo demás ya vendrá.

DIEGO. — Estoy solo. La desgracia es demasiado grande para mí.

VICTORIA. — ¡Estoy a tu lado, con las armas en la mano!

DIEGO. — ¡Qué hermosa eres y cómo te amaría si no temiera!

VICTORIA. — ¡Qué poco temerías si quisieras amarme!

DIEGO. — Te amo. Pero no sé quién tiene razón.

VICTORIA. — Aquél que no teme. ¡Y mi corazón no es temeroso!

Arde con una sola llama, clara y alta, como esos fuegos con los que se saludan nuestros montañeses. Él también te llama. . . ¡Ves, es la fiesta de San Juan!

DIEGO. — ¡En medio de los osarios!

VICTORIA. — Osarios o praderas, ¿qué más da para mi amor? ¡Él, por ío menos, no perjudica a nadie, es generoso! Tu locura, t abnegación estéril, ¿a quién benefician? ¡A mí no, a mí no; e todo caso, a quien apuñalas con cada palabra!

DIEGO. — ¡No llores, salvaje! ¡Oh desesperación! ¿Por qué ha He gado este mal? ¡Hubiera bebido esas lágrimas, y con la boca que

El estado de sitio

mada por su amargura, habría puesto en tú rostro tantos besos como hojas tiene un olivo!

VICTORIA. — ¡Ah! ¡Vuelvo a encontrarte! ¡Ése es nuestro lenguaje que habías perdido! (Tiende las manos.) Déjame que te reconozca . . .

DIEGO retrocede mostrando sus marcas. Ella adelanta la mano, vacila.

DIEGO. — Tú también tienes miedo. . .

VICTORIA planta la mano en las marcas. DIEGO retrocede, extrañado. Ella tiende los brazos.

VICTORIA. — ¡Vén pronto! ¡No temas nada más!

Vero los gemidos y las imprecaciones redoblan. DIEGO mira a todos lados como un insensato y huye.

VICTORIA. — ¡Ah, soledad!

CORO DE MUJERES. — ¡Somos guardianas! Esta historia excede nuestras fuerzas y esperamos que termine. Guardaremos el secreto hasta el invierno, hasta la hora de las libertades, cuando los alaridos de los hombres hayan callado y vuelvan entonces a nosotras para reclamarnos aquello de lo cual no pueden prescindir: el recuerdo de los mares libres, el cielo desierto del verano, el olor eterno del amor. Aquí estamos, esperando como hojas muertas en el chubasco de setiembre. Ellas planean un momento, luego el peso del agua que transportan las aplasta contra la tierra. También nosotros estamos contra la tierra. Con las espaldas encorvadas, esperando que se sofoquen los gritos de todos los combates, escuchamos gemir dulcemente en el fondo de nosotras misma'S la lenta resaca de los mares dichosos. Cuando los almendros desnudos se cubran de flores de escarcha, entonces nos incorporaremos un poco, sensibles al primer viento de esperanza, pronto erguidas en esa segunda primavera. Y aquellos a quienes amamos vendrán hacia nosotras, y a medida que avancen, seremos como esas pesadas barcas que la marea levanta poco a poco, pegajosas de sal y de agua, ricas de olores, hasta aue floran al fin en el mar espeso. Ah, que sople el viento, que sople el viento. . .

Oscuridad.

Luz en el muelle. DIEGO entra y llama a voces a alguien a quien ve muy lejos, hacia el mar. El el fondo, el coro de los hombres.

DIEGO. — ¡Ohé! ¡Ohé!

U N A V O Z . — ¡Ohé! ¡Ohé!

Aparece un barquero; sólo su cabeza asoma por encima del muelle.

DIEGO. — ¿Qué haces?

EL BARQUERO. — Abastezco.

DIEGO. — ¿A la ciudad?

EL BARQUERO. — No, la ciudad es abastecida en principio por la administración. De tarjetas, naturalmente. Yo abastezco de pan y leche. Hay en alta mar navios anclados y en ellos se han confinado algunas familias para escapar a la infección. Traigo sus cartas y les llevo provisiones.

DIEGO. — Pero está prohibido.

EL BARQUERO. — Está prohibido por la administración. Pero no sé leer y me hallaba en el mar cuando los pregoneros anunciaron la nueva ley.

DIEGO. — Llévame.

EL BARQUERO. — ¿A dónde?

DIEGO. — Al mar. A los barcos.

EL BARQUERO. — Es que la cosa está prohibida.

DIEGO. — Tú no leíste ni escuchaste la ley.

EL BARQUERO. — ¡Ah! No lo prohíbe la administración sino la gente del barco. Usted no es seguro.

DIEGO. — ¿Cómo es que no soy seguro?

EL BARQUERO. — Después de todo, podría llevarlos encima.

DIEGO. — ¿Llevar qué?

EL BARQUERO. — ¡Sh! (Mira a su alrededor.) /Los gérmenes, hombre! Podría usted llevar los gérmenes

DIEGO. — Pagaré lo que haga falta.

EL BARQUERO. — No insista. Soy débil de carácter.

DIEGO, •— Todo el dinero que haga falta,

EL BARQUERO. — Embarquese. El mar está en calma.

DIEGO va a saltar. Vero LA SECRETARIA aparece detrás de él.

LA SECRETARIA. — ¡No! Usted no se embarcará.

DIEGO. — ¿Qué?

LA SECRETARIA. — No está dispuesto. Y además, lo conozco, usted no desertará.

DIEGO. — Nada me impedirá marcharme.

LA SECRETARIA. — Basta que yo lo quiera. Y lo quiero, porque tengo un asunto pendiente con usted. ¡Usted sabe quién soy!

LA SECRETARIA retrocede un poco como para atraerlo hacia atrás. Él la sigue.

DIEGO. — Morir no es nada. Pero morir mancillado. . .

LA SECRETARIA. — Comprendo. Ya lo ve, soy una simple ejecutora.

Pero al mismo tiempo me han concedido derechos sobre usted. El derecho de veto, si lo prefiere.

Hojea su cuaderno.

DIEGO. — ¡Los hombres de mi sangre sólo pertenecen a la tierra!

LA SECRETARIA.—Es lo que yo quería decir. ¡Usted es mío, en cierto modo! En cierto modo solamente. Quizá no como lo quisiera . . . cuando lo miro. (Sencilla.) Usted me gusta mucho, ¿sabe? Pero tengo órdenes.

Juega con el cuaderno.

DIEGO. — Prefiero su odio a sus sonrisas. La desprecio.

LA SECRETARIA. — Como quiera. Por lo demás, esta conversación con usted no es muy reglamentaria. La fatiga me pone sentimental. Con tanta contabilidad, en noches como ésta, me dejo llevar.

Hace girar la libreta entre los dedos.

DIEGO intenta arrancársela.

LA SECRETARIA. — No, de veras, no insista, querido. ¿Qué vería en ella, además? Es una libreta, bástele con eso, un clasificador, mitad carnet, mitad fichero. Con las efemérides. (Ríe.) ¡Es mi agenda, vamos. (Tiende hacia él una mano como para una caricia.)

DIEGO se vuelve hacia el barquero,

DIEGO. — ¡Ah!

¡Se ha marchado!

LA SECRETARIA. — ¡Vaya, es cierto! Otro que se cree libre y que está inscrito, sin embargo, como todo el mundo.

DIEGO. — Su lengua es doble. Bien sabe usted que eso es lo que un hombre no puede soportar. Terminemos, ¿quiere?

LA SECRETARIA. — Pero todo esto es muy sencillo y digo la verdad. Cada ciudad tiene su clasificador. Éste es el de Cádiz; Se lo aseguro: la organización es muy buena y nadie ha sido olvidado.

DIEGO. — Nadie ha sido olvidado, pero todos se les escapan.

LA SECRETARIA (indignada). — ¡No, hombre, vamos! (Reflexiona.) Sin embargo, hay excepciones. De tanto en tanto, queda uno olvidado. Pero siempre acaban por traicionarse. En cuanto han pasado los cien años de edad, se jactan, los imbéciles. Entonces los diarios lo anuncian. Basta esperar. A la mañana, cuando reviso la prensa, anoto sus nombres, los colaciono, como decimos nosotros. No fallamos, por supuesto.

DIEGO. — ¡Pero durante cien años los habrán negado, como los niega esta ciudad entera!

LA SECRETARIA. — ¡Cien años no son nada! A usted le impresionan porque ve las cosas de muy cerca. Yo veo los conjuntos, ¿comprende? En un fichero de trescientos setenta y dos mil nombres, ¿qué es un hombre, dígame, aunque sea centenario? Y además, nos resarcimos con los que no han pasado los veinte. Así se llega a un termino medio. ¡Tachamos un poco más rápidamente, eso es todo! De este modo . . . (Tacha en la libreta.)

Un grito en el mar y ruido de una caída al agua.

LA SECRETARIA. — ¡Oh! ¡Lo hice sin pensarlo! ¡Vaya, es el barquero! ¡Una casualidad!

DIEGO se ha levantado y la mira con asco y horror.

DIEGO. — ¡Se me revuelve el estómago, tanto me repugna usted!

LA SECRETARIA. — Mi oficio es ingrato, lo sé. Una se fatiga, y además hay que dedicarse. Al principio, por ejemplo, yo andaba un poco a tientas. Ahora mi mano es segura. (Se acerca a Diego.)

DIEGO. — No se me acerque. '

LA SECRETARIA. — Pronto no habrá más errores. Un secreto. Una

máquina perfeccionada. Ya verá. (Se le ha acercado, frase tras frase basta tocarlo.)

Él la toma de improviso por el cuello, temblando de furor.

DIEGO. — ¡Termine, termine con su cochina comedia! ¿Qué espera? Haga su trabajo y no se divierta conmigo que soy más grande que usted. Máteme, pues; es la única manera, se lo aseguro, de salvar ese magnífico sistema que no deja nada librado al azar. ¡Ah! ¡Usted sólo se ocupa de los conjuntos! ¡Cien mil hombres, así la cosa se pone interesante! ¡Es una estadística y las estadísticas son mudas! Con ellas se hacen curvas y gráficos, ¿eh? ¡Se trabaja con las generaciones, es más fácil! Y el trabajo puede hacerse en silencio y en medio del olor tranquilo de la tinta. Pero se lo prevengo: un hombre solo es más incómodo, grita su gozo o su agonía. Vivo, yo continuaré molestando su hermoso orden con el azar de los gritos. ¡La niego a usted, la niego con todo mi ser!

LA SECRETARIA. — ¡Querido mío!

DIEGO. — ¡Cállese! Soy de una raza que honraba a la muerte tanto como a la vida. Pero llegaron sus amos: vivir y morir son dos deshonras . . .

LA SECRETARIA. — Es cierto . . .

DIEGO (la sacude). — ¡Es cierto que ustedes mienten y que mentirán hasta el fin de los tiempos! ¡Sí! He comprendido bien el sistema. Ustedes les han dado el dolor del hambre y de las separaciones para distraerlos de su rebeldía. ¡Los agotan, les devoran tiempo y fuerzas a fin de que no tengan ni ocio ni impulso para el furor! ¡Los hombres arrastran los pies, pueden estar ustedes contentos! Están solos a pesar de la masa, como también yo estoy solo. Cada uno de nosotros está solo gracias a la cobardía de los demás. Pero yo que estoy avasallado como ellos, humillado con ellos, les anuncio sin embargo que ustedes no son nada y que este poder desplegado hasta perderse de vista, hasta oscurecer el cielo, sólo es una sombra arrojada sobre la tierra, que un viento furioso disipará en un segundo. ¡Creyeron que todo podía reducirse a números y a fórmulas! ¡Pero en su hermosa nomenclatura han olvidado la rosa

silvestre, las señales del cielo, los rostros del verano, la gran voz del mar, los instantes del desgarramiento y la cólera de los hombres! (EUa ríe.) No se ría. No se ría, imbécil. Están perdidos, ya lo digo. En el seno de sus victorias más aparentes están ya vencidos, porque hay en el hombre —míreme— una fuerza que ustedes no reducirán, una locura clara, mezclada de miedo y coraje, ignorante y victoriosa por siempre jamás. Esta fuerza es la que se levantará, y ustedes sabrán entonces que su gloria era humo. Ella ríe.

DIEGO. — ¡No se ría! ¡No se ría, le digo!

Ella ríe. DIEGO la abofetea y al mismo tiempo los hombres del coro se arrancan la mordaza y lanzan un largo grito de alegría. Vero en el impulso, DIEGO ha aplastado la marca. Se lleva a ella la mano y la contempla después.

LA SECRETARIA. — ¡Magnífico!

DIEGO. — ¿Qué es esto?

LA SECRETARIA. — ¡Estaba usted magnífico en la cólera! ¡Me gusta todavía más así!

DIEGO. — ¿Qué ha pasado?

LA SECRETARIA. — Ya lo ve. La marca desaparece. Continúe, anda usted por buen camino.

DIEGO. — ¿Estoy curado?

LA SECRETARIA. — Voy a confiarle un secretito . . . El sistema es excelente, tiene usted razón, pero hay una falla en la máquina.

DIEGO. — No comprendo.

LA SECRETARIA. — Hay una falla, querido. Lo sé desde mis más antiguos recuerdos: siempre ha bastado que un hombre se sobrepusiera al miedo y se rebelara, para que la máquina comenzase a rechinar. No digo que se detenga, lejos de eso. Pero, en fin, chirría, y a veces termina por atrancarse de veras.

Silencio.

DIEGO. — ¿Por qué me lo dice?

LA SECRETARIA. — ¿Sabe?, es inútil, una tiene sus debilidades. Y además, usted lo descubrió por su cuenta,

El estado de sitio

DIEGO. — ¿Hubiera tenido consideraciones conmigo si no le hubiese pegado?

LA SECRETARIA. — No. Había venido a acabar con usted, según el reglamento.

DIEGO. — Entonces soy el más fuerte.

LA SECRETARIA. — ¿Todavía tiene miedo?

DIEGO. — No.

LA SECRETARIA, — En ese caso no puedo nada contra usted. Eso también figura en el reglamento. Pero bien puedo decírselo: es la primera vez que ese reglamento cuenta con mi aprobación. (Se retira despacito.)

Diego se palpa, mira otra vez su mano y se vuelve bruscamente en dirección a los gemidos. Se acerca, en medio del silencio, a un enfermo amordazado. Escena muda. DIEGO aproxima la mano a la mordaza y la desata. Es el pescador. Se miran en silencio, luego:
EL PESCADOR (con esfuerzo). — Buenas noches, hermano. Hacía mucho tiempo que no hablaba.

DIEGO le sonríe.

EL PESCADOR (alzando los ojos al cielo). — ¿Qué es eso?

El cielo se ha iluminado, en efecto. Sopla un viento ligero que sacude una de las puertas y hace flotar algunos paños. El pueblo los rodea ahora, con la mordaza desatada, los ojos alzados al firmamento.

DIEGO. — El viento del mar...

TELÓN

W

TERCERA PARTE

Los habitantes de Cádiz se afanan en la plaza. Apostado en un sitio un poco más alto, DIEGO dirige los trabajos. Luz brillante que quita importancia a los decorados de LA PESTE al mostrar su artificio.

DIEGO. — ¡Borrad las estrellas!

Las borran.

DIEGO. — ¡Abrid las ventanas!

Las ventanas se abren.

DIEGO. — ¡Aire! ¡Aire! ¡Agrupad a los enfermos!

Movimientos.

DIEGO. — No tengáis miedo ya, ésa es la condición. ¡De pie todos los que puedan! ¿Por qué retrocedéis? ¡Levantad la frente, ha llegado la hora del orgullo! Quitaos la mordaza y gritad conmigo que ya no tenéis miedo. (Levanta los brazos.) ¡Oh santa rebeldía, negativa viviente, honor del pueblo, da a estos amordazados la fuerza de tu grito!

EL CORO. — Hermano, te escuchamos y nosotros los miserables que vivimos de pan y olivas, para quienes una muía es una fortuna, nosotros que probamos vino dos veces al año: el día del nacimiento y el día de la boda, comenzamos a esperar. Pero el viejo temor aún no ha abandonado nuestros corazones. ¡La oliva y el pan dan gusto a la vida! ¡Por poco que poseamos, tememos perderlo todo junto con la vida!

DIEGO. — ¡Perderéis la oliva, el pan y la vida si dejáis que las cosas

siga como están! Hoy debéis vencer el miedo si queréis por lo menos conservar el pan. ¡Despierta, España!

EL CORO. — Somos pobres e ignorantes. Pero nos han dicho que la peste sigue los caminos del año. Tiene su primavera en que germina y brota, su verano en que fructifica. Viene el invierno y quizá muera. ¿Pero es éste el invierno, hermano, de veras es el invierno? Este viento que se ha levantado, ¿viene en verdad del mar? Siempre lo hîmos pagado todo en moneda de miseria. ¿Tendremos que pagar con la moneda de nuestra sangre?

CORO DE MUJERES. — ¡De nuevo asunto de hombres! ¡Nosotras estamos aquí para recordaros el instante de la laxitud, el clavel de los días, la lana negra de las ovejas, el olor de España, en fin! Somos débiles, nada podemos contra vuestros grandes huesos. ¡Pero hagáis lo que hagáis, no olvidéis nuestras flores carnales en vuestras riñas de sombras!

DIEGO. — ¡La peste es lo que nos descarna, ella es la que separa a los amantes y marchita la flor de los días! ¡Contra ella hay que luchar primero!

EL CORO. — ¿Llega en verdad el invierno? ¡En nuestros bosques, las encinas siguen siempre cubiertas de bellotitas bien enceradas y en sus troncos pululan las avispas! ¡No! ¡Todavía no llega el invierno!

DIEGO. — ¡Cruza el invierno de la cólera!

EL CORO. — ¿Pero encontraremos la esperanza al final del camino? ¿O tendremos que morir desesperados?

DIEGO. — ¿Quién habla de desesperar? La desesperación es una mordaza. Y el trueno de la esperanza, la fulguración de la felicidad son los que desgarran el silencio de esta ciudad sitiada. ¡De pie, os digo! ¡Si queréis conservar el pan y la esperanza, destruid los certificados, romped los vidrios de las oficinas, abandonad las filas del miedo, gritad la libertad a los cuatro confines del cielo!

EL CORO. — ¡Somos los más miserables! La esperanza es nuestra única riqueza, ¿cómo habíamos de privarnos de ella? ¡Hermano, arrojamos estas mordazas! (Gran grito de liberación.) ¡Ah! ¡Sobre la tierra seca, en las grietas del calor, cae la primera lluvia!

Llega el otoño en que todo reverdece, el viento fresco del mar. La esperanza nos levanta como una ola.

DIEGO sale.

Entra LA PESTE al mismo tiempo que DIEGO, pero por el otro lado.

Lo siguen LA SECRETARIA y NADA.

LA SECRETARIA. — <Qué historia es ésta? ¡Conque charlando! ¿Quiéren ponerse de nuevo las mordazas?

Algunos, en el centro, vuelven a ponerse la mordaza. Vero otros hombres se han unido a DIEGO. Se afanan, en orden.

LA PESTE. — Comienzan a agitarse.

LA SECRETARIA. — ¡Si, como de costumbre! ,

LA PESTE. — ¡Bueno! Hay que extremar las medidas!

LA SECRETARIA. — ¡Extrememos, pues!

Abre la libreta y la hojea con un poco de cansancio.

NADA. — ¡Y que así sea! ¡Andamos por buen camino! ¡Ser reglamentario o no ser reglamentario, ésa es toda la moral y toda la filosofía! Pero en mi opinión, Excelencia, no vamos bastante lejos.

LA PESTE. — Hablas demasiado.

NADA. — Es que tengo entusiasmo. Y he aprendido muchas cosas a vuestro lado. La supresión: ése es mi evangelio. Pero hasta ahora no tenía yo buenas razones. ¡Ahora, tengo la razón reglamentaria!

LA PESTE. — El reglamento no lo suprime todo. ¡No estás dentro de la línea, atención!

NADA. — Observad que había reglamentos antes de vosotros. Pero faltaba inventar el reglamento general, el saldo de toda cuenta, la especie humana puesta en el índice, la vida entera reemplazada por un índice de materias, el universo en disponibilidad, el cielo y la tierra por fin desvalorizada.

LA PESTE. — Vuelve a tu trabajo, borracho. ¡Y usted, siga!

LA SECRETARIA. — ¿Por dónde empezamos?

LA PESTE. — Por el azar. Es más sorprendente.

La SECRETARIA tacha dos nombres. Golpes sordos de advertencia. Los hombres caen. Reflujo. Los que trabajan se detienen, petrifica-

El estado de sitio

dos. Los guardias de LA PESTE se precipitan, vuelven a poner cruces en las puertas, cierran las ventanas, mezclan los cadáveres, etc.

DIEGO (en el fondo, con voz tranquila). — ¡Viva la muerte, no nos asusta!

Flujo. Los hombres reanudan el trabajo. Los guardias retroceden. Idéntica pantomima, pero a la inversa. El viento sopla cuando el pueblo avanza, refluye cuando los guardias vuelven.

LA PESTE. — ¡Tache a éste!

LA SECRETARIA. — ¡Imposible!

LA PESTE. — ¿Por qué?

LA SECRETARIA. — ¡Ya no tiene miedo!

LA PESTE. — ¡Ah, vamos! ¿Sabe?

LA SECRETARIA. — Tiene sospechas.

Tacha. Golpes sordos. Reflujo. La misma escena.

NADA. — ¡Magnífico! ¡Mueren como moscas! ¡Ah, si la tierra pudiera saltar!

DIEGO (con calma). — Socorred a todos los que caen.

Reflujo. Idéntica pantomima, a la inversa.

LA PESTE. — ¡Ése va demasiado lejos!

LA SECRETARIA. — Va lejos, en efecto.

LA PESTE. — ¿Por qué lo dice con melancolía? No lo habré enterado usted, me imagino.

LA SECRETARIA. — No. Ha de haberlo descubierto solo. ¡En una palabra, tiene el don!

LA PESTE. — Él tiene el don, pero yo tengo medios. Hay que ensayar otra cosa. Es tarea suya.

Sale.

EL CORO (quitándose la mordaza). — ¡Ah! (suspiro de alivio.) Es el primer retroceso, el garrote se afloja, el cielo cede y se airea. Ya ha vuelto el rumor de las fuentes que el sol negro de la peste había evaporado. El verano se va. Ya no tendremos uvas en la parra, ni melones, habas verdes y ensalada cruda. Pero el agua de la esperanza ablanda el suelo duro y nos promete el refugio del in-

vierno, las castañas asadas, el primer maíz de granos verdes todavía, la nuez con gusto a jabón, la leche frente al fuego . . .

LAS MUJERES. — Somos ignorantes. Pero decimos que esas riquezas no deben pagarse demasiado caras. En todos los lugares del mundo y bajo cualquier amo, habrá siempre un fruto fresco al alcance de la mano, el vino del pobre, el fuego de sarmientos a cuyo lado se espera que todo pase . . .

De la casa del juez sale por la ventana LA H I J A DEL J U E Z que corre a ocultarse entre las mujeres.

LA SECRETARIA (descendiendo hacia el pueblo). — ¡Se creería que es una revolución, palabra! Sin embargo no es el caso, bien lo sabéis. Y además, ya no le corresponde al pueblo hacer la revolución, vamos, sería completamente pasado de moda. Las revoluciones ya no necesitan insurgentes. Hoy la policía basta para todo, hasta para derrocar al gobierno. ¿No es preferible, después de todo? De este modo el pueblo puede descansar mientras algunos espíritus buenos piensan por él y deciden en su lugar qué cantidad de dicha les será favorable.

EL PESCADOR. — Cuando llegue el momento voy a destripar a esa murena viciosa.

LA SECRETARIA. — Vamos, amigos míos, ¿no valdría más quedarse así? Cuando hay un orden establecido, siempre cuesta más cambiarlo. Y en caso de que este orden les parezca insoportable, quizá podrían conseguirse algunos arreglos.

U N A M U J E R . — ¿Qué arreglos?

LA SECRETARIA. — ¡Yo no sé! Pero ustedes las mujeres, no ignoran que todo trastorno se paga y que una buena conciliación vale a veces más que una victoria ruinosa.

Las mujeres se acercan. Algunos hombres se separan del grupo de

DIEGO.

DIEGO. — No escuchéis lo que dice. Todo es deliberado.

LA SECRETARIA. — ¿Qué es lo deliberado? Hablo razonablemente y no sé nada más.

UN HOMBRE. — ¿De qué arreglos hablaba usted?

LA SECRETARIA. — Naturalmente, habría que reflexionar. Por ejemplo, podríamos integrar con ustedes una comisión que decidiera, por mayoría de votos, las cancelaciones a pronunciar. Esa comisión detentaría en plena propiedad el cuaderno en el que se hacen las cancelaciones. Hago notar que digo esto a título de ejemplo. , Agita el cuaderno con el brazo extendido. Un hombre se lo arranca.

LA SECRETARIA (falsamente indignada). — ¿Quiere usted devolverme ese cuaderno? ¡Bien sabe que es precioso y que basta tachar el nombre de uno de sus conciudadanos para que muera en seguida!

Hombres y mujeres rodean al poseedor del cuaderno. Animación.

— ¡Es nuestro!

— ¡No más muertos!

— ¡Estamos salvados!

Pero aparece LA HIJA DEL JUEZ , arrebatada brutalmente el cuaderno, escapa a un rincón y hojeando rápidamente el cuaderno, tacha algo. En la casa del juez, gran grito y caída de un cuerpo. Hombres y mujeres se precipitan hacia la mujer.

UN A VOZ. — ¡Ah, maldita! ¡A ti hay que suprimirte!

Una mano le arranca el cuaderno y, todos, hojeándolo, encuentran su nombre que una mano tacha. La mujer cae sin un grito.

NADA (aullando). — ¡Adelante, todos unidos para la supresión! ¡Sólo es cuestión de suprimir, cuestión de suprimirse! ¡Henos aquí todos juntos, oprimidos y opresores, todos de la mano! ¡Vamos, toro!

¡Limpieza general!

Se va.

Se va.

UN HOMBRE (enorme, que tiene el cuaderno). — ¡Es cierto que hay que hacer algunas limpiezas! ¡Y es una ocasión muy buena para despachar a algunos hijos de perra que se atiborraron mientras nos moríamos de hambre!

LA PESTE, que acaba de reaparecer, lanza una carcajada prodigiosa, mientras la SECRETARIA vuelve modestamente a su sitio, al lado de LA PESTE. Todo el mundo, inmóvil, con los ojos en alto, espera en la explanada mientras los guardias de LA PESTE se desparraman por todas partes para restablecer el decorado y las señales de LA PESTE.

LA PESTE (a DIEGO) . — ¡Y ahí tienes! ¡Ellos mismos hacen el trabajo! ¿Crees que valen la pena?

Pero DIEGO y el PESCADOR han saltado a la explanada, se han precipitado sobre el hombre del cuaderno a quien abofetean y arrojan al suelo. DIEGO toma el cuaderno y lo rompe.

LA SECRETARIA. — Es inútil. Tengo un duplicado.

DIEGO rechaza a los hombres del otro lado.

DIEGO. — ¡Pronto, al trabajo! ¡Os han engañado!

LA PESTE. — Cuando tienen miedo, es por ellos mismos. Pero el odio es para los demás.

DIEGO (que se ha vuelto frente a él). — Ni miedo, ni odio, ésa es nuestra victoria.

Refhtjo progresivo de los guardias frente a los hombres de DIEGO.

LA PESTE. — ¡Silencio! Soy el que agria el vino y seca los fruto».

Mato el sarmiento si va a dar uvas, lo verdezco si ha de alimentar el fuego. Me inspiran horror vuestras alegrías sencillas. Me inspira horror este país donde se pretende ser libre sin ser rico. ¡Tengo las prisiones, los verdugos, la fuerza, la sangre! La ciudad será arrasada y, sobre sus escombros, la historia agonizará al fin en el hermoso silencio de las sociedades perfectas. Silencio, pues, o lo aplasto todo.

Lucha mimada en medio de un espantoso estrépito, chirridos de garrote, zumbido, golpes de cancelaciones, marea de slogans. Pero a medida que la lucha se define a favor de los hombres de DIEGO, el tumulto se sosiega y el CORO, aunque indistinto, ahoga los ruidos de

LA PESTE.

LA PESTE (con un gesto de rabia). — ¡Quedan los rehenes! «

Hace una señal, los guardias de LA PESTE abandonan la escena mientras los otros se reagrupan.

NADA (en lo alto del palacio). — Siempre queda algo. Todo continúa no continuando. Y mis oficinas continúan también. ¡La ciudad podría desplomarse, estallar el ciclo, los hombres desertar de la tierra, y las oficinas seguirían abriéndose a hora fija para admi-

nistrar la nada! La eternidad soy yo, mi paraíso tiene sus archivos y su papel secante.

Sale.

EL CORO. — Huyen. El verano concluye con la victoria. ¡Acontece, pues, que el hombre triunfa! Y entonces la victoria tiene el cuerpo de nuestras mujeres bajo la lluvia del amor. He aquí la carne feliz, luciente y cálida, racimo de setiembre donde se encoge el zángano. Sobre la era del vientre se abaten las cosechas de la viña. Las vendimias arden en la cima de los senos ebrios. Oh, mi amor, el deseo revienta como un fruto maduro, la gloria de los cuerpos fluye por fin. En todos los confines del cielo manos misteriosas tienden sus flores y un vino amarillo mana de inagotables fuentes. Son las fiestas de la victoria, vamos a buscar a nuestras mujeres.

Traen en silencio unas angarillas donde está tendida VICTORIA.

DIEGO (precipitándose), — ¡Oh! ¡Esto da ganas de matar o morir! (Llega junto al cuerpo que parece inanimado.) ¡Ah! ¡Magnífica, victoriosa, salvaje como el amor, vuelve un poco hacia mí tu rostro! ¡Vuelve, Victoria! No te dejes ir a ese otro lado del mundo donde no podré reunirme contigo. ¡No me dejes, la tierra está fría! ¡Amor mío, amor mío! ¡Mantente firme, mantente firme en esta orilla de tierra donde todavía estamos! ¡No te dejes llevar! ¡Si mueres, en todo lo que me queda de vida reinará la oscuridad en pleno mediodía!

EL CORO DE MUJERES. — Ahora estamos en la verdad. Hasta el momento no era cosa seria. Pero en esta hora hay un cuerpo que sufre y se retuerce. ¡Tantos gritos, el más hermoso de los lenguajes, viva la muerte y luego la muerte misma desgarró el pecho de aquélla a quien se ama! Entonces vuelve el amor, justamente cuando ya no es tiempo.

VICTORIA se queja.

DIEGO. — Es tiempo, ella va a incorporarse. Me enfrentarás de nuevo, recta como una antorcha, con las llamas negras de tu pelo y ese rostro resplandeciente de amor cuyo deslumbramiento rae

acompaña en la noche del combate. Porque yo te llevaba, mi corazón bastaba para todo.

VICTORIA. — Me olvidarás, Diego, es seguro. Tu corazón no soportará la ausencia. No soportó la desgracia. ¡Ah! Es un tormento atroz morir sabiendo que seremos olvidados.

Se vuelve.

-DIEGO. — No te olvidaré. Mi memoria será más larga que mi vida.

EL CORO DE LAS MUJERES. — ¡Oh cuerpo sufriente, antes tan deseable, belleza real, reflejo del día! El hombre grita hacia lo imposible, la mujer padece todo lo que es posible. ¡Inclínate, Diego! ¡Grita tu pena, acúsate, es el instante del arrepentimiento! ¡Desertor! ¡Ese cuerpo era tu patria sin la cual ya no eres nada! ¡Tu memoria no compensará nada!

LA PESTE ha llegado suavemente junto a DIEGO. Sólo el cuerpo de

VICTORIA los separa.

LA PESTE. — Entonces, ¿renunciamos? (DIEGO mira el cuerpo de VICTORIA con desesperación.) ¡Te faltan fuerzas! Tus ojos se extravían. Yo tengo la mirada fija del poder.

DIEGO (después de un silencio). — Déjala vivir y mátame.

LA PESTE. — ¿Qué?

DIEGO. — Te propongo el canje.

LA PESTE. — ¿Qué canje?

DIEGO. — Quiero morir en su lugar.

LA PESTE. — Es una de esas ideas que a uno se le ocurren cuando está fatigado. Vamos, no es agradable morir y lo más serio minado para ella. ¡Dejémoslo así!

cuando
ha ter-

DIEGO. — ¡Es una idea que a uno se le ocurre cuando es fuerte!

LA PESTE. — ¡Mírame, yo soy la fuerza misma!

el más

DIEGO. — Quítate el uniforme.

LA PESTE. — ¡Estás loco!

DIEGO. — ¡Desvístete! ¡Cuando los hombres de la fuerza tan el uniforme, ya no son agradables de ver!

se qui-

- LA PESTE. — Quizá. ¡Pero su fuerza es haber inventado el uniforme!
- DIEGO. — La mía es negarlo. Mantengo mi precio.
- LA PESTE. — Reflexiona por lo menos. La vida tiene sus cosas buenas.
- DIEGO. — Mi vida no es nada. Lo que cuenta, son las razones de mi vida. No soy un perro.
- LA PESTE. — ¿Así que el primer cigarrillo no es nada? El olor a polvo a mediodía en las ramblas, las lluvias de la noche, la mujer aún desconocida, el segundo vaso de vino, ¿no son nada?
- DIEGO. — ¡Son algo, pero ella vivirá mejor que yo!
- LA PESTE. — No, si renuncias a ocuparte de los otros.
- DIEGO. — En el camino que he tomado no es posible detenerse, aunque uno lo quiera. ¡No tendré contemplaciones contigo!
- LA PESTE (cambiando de tono). — Escucha. Si me ofreces tu vida a cambio de la de ella, estoy obligado a aceptarla y esta mujer vivirá. Pero te propongo otro trato. Te doy la vida de esta mujer y os dejo huir juntos con tal de que me dejéis arreglarme con esta ciudad.
- DIEGO. — No. Conozco mis poderes.
- LA PESTE. — En este caso, seré franco contigo. O soy amo de todo o no lo soy de nada. Si tú te me escaparas, se me escapa la ciudad. El la regla. Una vieja regla que no sé de dónde viene.
- DIEGO. — ¡Yo lo sé! Viene del fondo de las edades, es más grande que tú, más alta que tus patíbulo, es la regla de la naturaleza. Hemos vencido.
- LA PESTE. — ¡Todavía no! Aquí tengo este cuerpo, mi rehén. Y el rehén es mi última baraja. Míralo. Si hay una mujer con el rostro de la vida, es ésta. Merece vivir y tú quieres hacerla vivir. Yo me alegro de devolvértela. Pero ello puede ser a cambio de tu propia vida o a cambio de la libertad de esta ciudad. Elige.
- DIEGO mira a VICTORIA. Al fondo, murmullos de voces amordadas. DIEGO se vuelve al coro.
- DIEGO. — Es duro morir.

LA PESTE. — Es duro.

DIEGO. — Pero es duro para todo el mundo.

LA PESTE. — ¡Imbécil! Diez años del amor de esta mujer valen ma* que un siglo de la libertad de esos hombres.

DIEGO. — El amor de esa mujer es mi propio reinado. Puedo hacer de él lo que quiera. Pero la libertad de esos hombres les pertenece. No puedo disponer de ella.

LA PESTE. — No se puede ser feliz sin hacer daño a los otros. Es la justicia de esta tierra.

DIEGO. — No he nacido para consentir esa justicia.

LA PESTE. — ¿Quién te pide que consientas? ¡El orden del mundo no cambiará en la medida de tus deseos! Si quieres cambiarlo, deja tus sueños y atente a lo que es.

DIEGO. — No. Conozco la receta. Hay que matar para suprimir el crimen, violentar para curar la injusticia. ¡Hace siglos que dura eso! ¡Hace siglos que los señores de tu raza pudren la llaga del mundo con el pretexto de curarla, y continúan sin embargo, alabando su receta, porque nadie se les ríe en las narices!

LA PESTE. — Nadie ríe porque yo realizo. Soy eficaz.

DIEGO. — ¡Eficaz, claro está! Y práctico. ¡Cómo el hacha!

LA PESTE. — Basta mirar a los hombres. Se sabe entonces que cualquier justicia es bastante buena para ellos.

DIEGO. — Desde que las puertas de esta ciudad se cerraron, dispuse de todo el tiempo para mirarlos.

LA PESTE. — Ahora sabes, entonces, que siempre te dejarán solo. Y el hombre solo debe perecer.

DIEGO. — ¡No, eso es falso! Si estuviera solo, todo sería fácil. Pero de grado o por fuerza, ellos están conmigo.

LA PESTE. — ¡Hermoso rebaño, en verdad, pero huele mal!

DIEGO. — Sé que no son puros. Yo tampoco. Y además nací entre ellos. Vivo para mi ciudad y para mi tiempo.

LA PESTE. — ¡Tiempo de esclavos!

DIEGO. — ¡Tiempo de hombres libres!

LA PESTE. — Me asombras. Los he buscado en vano. ¿Dónde están?

DIEGO. — En tus presidios y en tus osarios. Los esclavos están en los tronos.

LA PESTE. — Pon a tus hombres libres el traje de mi policía y ya verás en qué se convierten.

DIEGO. — Es verdad que suelen ser cobardes y crueles. Por eso no tienen más derecho que tú al poder. Ningún hombre tiene virtud suficiente para que pueda consentírsele el poder absoluto. Pero por eso también esos hombres tienen derecho a la compasión que te será negada.

LA PESTE. — Cobardía es vivir como lo hacen, pequeños, menesterosos, siempre a media altura.

DIEGO. — A media altura me interesan. Y si no soy fiel a la pobre verdad que comparto con ellos, ¿cómo había de serlo a lo más grande y solitario que hay en mí?

LA PESTE. — La única fidelidad que conozco es el desprecio. (Muestra el CORO abatido en el patio.) ¡Mira, hay motivo!

DIEGO. — Sólo desprecio a los verdugos. Hagas lo que hicieres, esos hombres serán más grandes que tú. Si alguna vez llegan a matar, es en la locura del momento. ¡Tú matas según la ley y la lógica! No te burles de sus cabezas gachas, porque hace siglos que los cometas del miedo pasan sobre ellos. No te rías de su aire de temor, hace siglos que mueren y que su amor es desgarrado. El mayor de sus crímenes siempre tendrá una excusa. Pero no encuentro excusas al crimen que en todos los tiempos se ha cometido contra ellos y que para terminar has tenido la idea de codificar en el sucio orden que es el tuyo. (LA PESTE avanza hacia él.) ¡No bajaré los ojos!

LA PESTE. — ¡No los bajarás, es evidente! Entonces prefiero decirte que acabas de triunfar de la última prueba. Si me hubieras dejado esta ciudad, habrías perdido esta mujer y te hubieras perdido con ella. Entre tanto, esta ciudad tiene todas las posibilidades de ser libre. Ya ves, basta un insensato como tú . . . El insensato muere, evidentemente. ¡Pero al fin, tarde o temprano, el resto se salva! (Sombrío.) Y el resto no merece salvar»*.

DIEGO, — El iniensato muere . . .

LA PESTE. — ¡Ah! ¿La cosa ya no marcha? Pero no, estaba previsto: ¡el instante de vacilación! El orgullo será más fuerte.

DIEGO. — Yo tenía sed de honor. ¿Y sólo encontraré hoy el honor entre los muertos?

LA PESTE. — Yo lo decía, el orgullo los mata. Pero es muy fatigoso para quien envejece como yo. (Con voz dura.) Prepárate.

DIEGO. — Estoy listo.

LA PESTE. — Estas son las marcas. Duelen. (DIEGO mira con horror las marcas que lleva de nuevo.) ¡Así! Sufre un poco *ntei de morir. Ésta es por lo menos mi regla. Cuando el odio me quema, el sufrimiento de los demás es un rocío. Quéjate un poco, así está bien. Y deja que te mire sufrir antes de abandonar esta ciudad. (Mira a LA SECRETARIA.) ¡Vamos, al trabajo ahora!

LA SECRETARIA. — Sí,, si es preciso.

LA PESTE. — ¡Fatigada ya, eh!

LA SECRETARIA mueve la cabeza diciendo que sí y en el mismo momento cambia bruscamente de apariencia. Es una vieja con máscara de muerte.

LA PESTE. — Siempre he pensado que no tenía usted odio bastante. Pero mi odio necesita víctimas frescas. Despácheme a ése. Y volveremos a empezar en otra parte.

LA SECRETARIA. — El odio no me sostiene, sí, porque no entra en mis funciones. Pero en parte es culpa suya. A fuerza de trabajar con fichas, una olvida apasionarse.

LA PESTE. — Ésas son palabras. Y si busca usted un sostén. . . (Señala a DIEGO que cae de rodillas) encuéntrelo en la alegría de destruir. Ahí está su función.

LA SECRETARIA. — Destruyamos entonces. Pero no estoy satisfecha.

LA PESTE. •— ¿En nombre de qué discute usted mis órdenes?

LA SECRETARIA. — En nombre de la memoria. Tengo algunos viejos recuerdos. Era libre antes que usted y estaba asociada con el azar. Nadie me detestaba entonces. Era la que termina todo, la que fija los amores, la que da forma a todos los destinos. Era la estable. Pero usted me puso al servicio de la lógica y del reglamento.

Me corrompí la mano que a veces tenía caritativa.

LA PESTE. — ¿Quién le pide ayuda?

LA SECRETARIA. — Aquellos que son menos grandes que nk.^»ser*-cia. Es decir, casi todos. Con ellos, llegaba a trabajar en el^&aií)--, sentimiento, existía a mi manera. Hoy les hago violencia y toaSfc me niegan hasta el último aliento. Quizá por eso amaba yo a éste a quien he de matar por orden suya. Él me eligió libremente. A su manera tuvo compasión de mí. Me gustan los que me dan cita.

LA PESTE. — ¡Cuidado con irritarme! No necesitamos compasión.

LA SECRETARIA. — ¡Quién había de necesitar compasión sino aquellos que no tienen lástima de nadie! Cuando digo que amo a éste, quiero decir que lo envidio. Entre nosotros los conquistadores, es la mísera forma que adopta el amor. Usted bien lo sabe y sabe que por eso merecemos que se nos compadezca un poco.

LA PESTE. — ¡Le ordeno que se calle!

LA SECRETARIA. — Usted bien lo sabe y también sabe que a fuerza de matar uno comienza a envidiar la inocencia de aquellos a quienes se mata. ¡Ah! Por un segundo al menos, déjeme suspender esta interminable lógica y soñar que me apoyo al fin en un cuerpo. Estoy asqueada de las sombras. ¡Y envidio a todos esos miserables, sí, hasta a esta mujer (señala a VICTORIA) que sólo recuperará la vida para lanzar gritos animales! Ella por lo menos se apoyará en su sufrimiento.

DIEGO está casi en el suelo. LA PESTE lo levanta.

LA PESTE. — ¡De pie, hombre! El fin no puede llegar sin que ésta haga lo necesario. Y ya ves que por el momento está sentimental.

¡Pero nada temas! Hará lo necesario, es la regla y la función. La máquina chirría un poco, nada más. ¡Antes de que se atranque del todo, ponte contento, imbécil, te entrego esta ciudad!

Gritos de alegría del coro. LA PESTE se vuelve hacia ellos.

Sí, me voy, pero no os gloriéis, estoy satisfecho de mí. Aun aquí hemos trabajado bien. Me gusta el ruido que se hace en torno a mi nombre y ahora sé que no me olvidaréis. ¡Miradme!

¡Mirad por última vez la única potencia de este mundo!

Reconoced a vuestro verdadero soberano y aprended a temer. (Ríe.) Antes pretendíais temer a Dios y sus azares. Pero vuestro Dios era un anarquista que hacía mescolanzas. Creía en la posibilidad de ser poderoso y bueno a la vez. Era una falta de consecuencia y de franqueza, no hay más remedio que decirlo. Yo elegí tan sólo el poder. Elegí la dominación; ahora sabéis, que es algo más serio que el infierno.

Durante milenios he cubierto de osarios vuestras ciudades y vuestros campos. Mis muertos han fecundado las arenas de Libia y de la negra Etiopía. La tierra de Persia todavía es fértil gracias al sudor de mis cadáveres. He llenado a Atenas con los fuegos de purificación, encendí en sus playas miles de piras fúnebres, cubrí el mar griego de cenizas humanas hasta volverlo gris. Los dioses, los mismos pobres dioses, estaban asqueados hasta la náusea. Y cuando las catedrales sucedieron a los templos, mis caballeros negros las llenaron de cuerpos clamorosos. En los cinco continentes, a lo largo de los siglos, maté sin tregua y sin fatiga.

No estaba tan mal, por supuesto, y había cierta idea. Pero no toda la idea . . . Un muerto, si queréis mi opinión, es refrescante, pero no da rendimiento. Para terminar: no vale lo que un esclavo. Lo ideal es obtener una mayoría de esclavos con ayuda de una minoría de muertos bien elegidos. Hoy la técnica está a punto. Por eso, después de haber matado o envilecido la cantidad de hombres que hacía falta, haremos arrodillar a pueblos enteros. No hay belleza, no hay grandeza que nos resistan. Triunfaremos de todo.

LA SECRETARIA. — Triunfaremos de todo, salvo del orgullo.

LA PESTE. — El orgullo quizá se cansa . . . El hombre es más inteligente de lo que se cree. (A lo lejos tumulto y trompetas.) ¡Escuchad! Vuelve mi oportunidad. Ahí están vuestros antiguos tmos, a quienes encontraréis ciegos a las llagas de los demás, ebrios de inmovilidad y de olvido. Y os cansaréis de ver triunfar sin lucha la estupidez. La crueldad indigna, pero la tontería desalienta. ¡Honor a los estúpidos puesto que ellos preparan mis cami-

El estado de sitio

nos! ¡Ellos constituyen mi fuerza y mi esperanza! Quizá llegue el día en que todo sacrificio os parezca vano, en que el grito interminable de vuestras cochinas rebeliones calle al fin. Ese día reinaré de veras en el silencio definitivo de la servidumbre. (Ríe.)

Es asunto de obstinación, ¿no es cierto? Pero tranquilizaos, tengo la frente estrecha de los tercios.

Camina hacia el fondo.

LA SECRETARIA. — Soy más vieja que usted y sé que el amor da ellos también tiene su obstinación.

LA PESTE. — ¿El amor? ¿Qué es eso?

Sale.

LA SECRETARIA. — ¡Levántate, mujer! Estoy cansada. Hay que terminar.

VICTORIA se levanta. Pero DIEGO cae al mismo tiempo. LA SECRETARIA retrocede un poco en la sombra. VICTORIA se precipité

hacia DIEGO.

VICTORIA. — Ah, Diego, ¿qué has hecho de nuestra felicidad?

DIEGO. — Adiós, Victoria. Estoy contento.

VICTORIA. — No digas eso, amor mío. Es una palabra de hombre, una horrible palabra de hombre. (Llora.) Nadie tiene derecho a estar contento de morir.

DIEGO. — Estoy contento, Victoria. Hice lo que debía.

VICTORIA. — No. Debías elegirme contra el cielo mismo. Debías preferirme a la tierra entera.

DIEGO. — Me he puesto en regla con la muerte, ésa es mi fuerza.

Pero es una fuerza que lo devora todo, la felicidad no cabe en ella.

VICTORIA. — ¿Qué me importa tu fuerza? Yo amaba a un hombre.

DIEGO. — Me he agostado en ese combate. Ya no soy un hombre y es justo que muera.

VICTORIA (arrojándose sobre él). — ¡Entonces, llévame!

DIEGO. — No, este mundo te necesita. Necesita nuestras mujeres para aprender a vivir. Nosotros nunca hemos sido capaces sino de morir.

VICTORIA. — ¡Ah! ¡Era demasiado sencillo, ¿verdad?, amarse en silencio y sufrir lo que había que sufrir! Yo prefería tu miedo.

DIEGO (mira a VICTORIA). — Te he querido con toda el alma.

VICTORIA (en un grito). — No era bastante. ¡Oh, no! ¡No era bastante todavía! ¿Qué había de hacer yo con tu alma solamente?

LA SECRETARIA acerca su mano a DIEGO. La pantomima de la agonía comienza. LAS MUJERES se precipitan hacia VICTORIA y la rodean.

LAS MUJERES. — ¡Maldición sobre él! ¡Maldición sobre todos los que desertan nuestros cuerpos! Miseras de nosotras, sobre todo, que somos las desertadas y que llevamos a lo largo de los años este mundo que el orgullo de ellos pretende transformar. ¡Ah! ¡Ya que todo no puede ser salvado, aprendamos por lo menos a preservar la casa del amor! Que venga la peste, que venga la guerra, y con las puertas cerradas, vosotros a nuestro lado, nos defenderemos hasta el fin. ¡Entonces, en lugar de esa muerte solitaria, poblada de ideas, nutrida de palabras, conoceréis la muerte juntos, vosotros y nosotras confundidos en el terrible abrazo del amor! Pero los hombres prefieren la idea. ¡Huyen de su madre, se desprenden de la amante, y allá corren a la ventura, heridos sin llaga, muertos sin puñales, cazadores de sombras, cantores solitarios, invocando bajo el cielo mudo una imposible reunión y marchando de soledad en soledad hacia el aislamiento último, hacia la muerte en pleno desierto!

DIEGO muere.

LAS MUJERES se lamentan mientras él viento sopla un poco más fuerte.

LA SECRETARIA. — No lloréis, mujeres. La tierra es dulce para aquellos que la han amado mucho.

Sale.

VICTORIA y LAS MUJERES salen por el costado, llevando a DIEGO. Pero los ruidos del fondo se han definido.

Una nueva música estalla y se oye aullar a NADA en las fortificaciones.

NADA. — ¡Ahí están! Llegan los ancianos; los de antes, los de siempre, los petrificados, los tranquilizadores, los confortables, los estancados, los bien pulidos, la tradición, en fin, asentada, próspera, recién afeitada. Alivio general, será posible comenzar de nuevo. Desde el principio, naturalmente. Aquí están los sastrecitos de la nada, tendréis trajes a la medida. Pero no os agitéis, el método de ellos es el mejor. En lugar de tapan las bocas de los que gritan su desventura, tapan sus propias orejas. Éramos mudos, ahora nos convertiremos en sordos. (Fanfarria.) Atención, los que escriben la historia vuelven. Se ocuparán de los héroes. Los van a poner al fresco. Bajo la losa. No os lamentéis: por encima de la losa la sociedad está verdaderamente demasiado mezclada. (En el fondo, pantomima de ceremonias oficiales.) Mirad, pues, ¿qué creéis que están haciendo ya?—: se condecoran. Los festines del odio siguen abiertos, la tierra agotada se cubre con la madera muerta de las potencias, la sangre de aquellos que llamáis justos ilumina aún los muros del mundo, y ellos, ¿qué hacen? ¡se condecoran! Regocijaos, tendréis discursos celebratorios. Pero antes de que se adelante el estrado, quiero resumiros el mío. Ése, a quien yo amaba a pesar suyo, murió robado. (El PESCADOR se precipita sobre NADA. LOS GUARDIAS lo détienne.) Ya ves, pescador, los gobiernos pasan, la policía queda. Hay, pues, una justicia.

EL CORO. — No, no hay justicia pero hay límites. Y aquellos que pretenden no dar ninguna regla, como los otros que entendían darla para todo, exceden igualmente los límites. Abrid las puertas; que el viento y la sal vengan a limpiar esta ciudad.

For las puertas, que se abren, el viento sopla cada vez más fuerte.

NADA. — Hay una justicia, la que se ha hecho a mi asco. Sí, volveréis a empezar. Pero ya no es asunto mío. No contéis conmigo para brindaros el perfecto culpable, no tengo la virtud de la melancolía. Oh viejo mundo, hay que partir, tus verdugos están f«tigados, su odio se ha hecho demasiado frío. Sé demasiadas cosas;

el mismo orgullo ya cumplió su tarea. Adiós, buenas gentes, un día aprenderéis que no se puede vivir bien sabiendo que el hombre no es nada y que la cara de Dios es horrible.

En el viento que sopla tempestuosamente, NADA corre por la escollera y se arroja al mar. El PESCADOR ha corrido tras él.

EL PESCADOR. — Ha caído. Las olas violentas lo golpean y lo ahogan en sus crines. Esa boca mentirosa se llena de sal y va a callar por fin. Mirad, el mar furioso tiene el color de las anémonas. Él nos venga. Su cólera es la nuestra. Proclama la reunión de todos los hombres del mar, la reunión de los solitarios. Onda, oh mar, patria de los insurrectos, he aquí tu pueblo que no cederá jamás. La gran ola de fondo, nutrida en la amargura de las aguas, ce llevará vuestras ciudades horribles.

TELÓN